

NOVELA

Charity  
Collins,  
esclava.

DR. RUBÉN FELDMAN GONZÁLEZ



HOLOKINESIS  
• LIBROS •

# **Charity Collins: esclava.**

## **Novela psico-histórica**

**Copyright © by Rubén Feldman-González**



# Charity Collins: esclava.

Novela psico-histórica

## 1-El ama moribunda

Nadie podía creer que Dorothea Collins estuviera en cama y enferma de muerte.

Todos en la ciudad de Edenton conocían a esa muchacha de risa contagiosa, que alababa a Dios y que parecía no conocer el dolor, la tristeza ni la envidia.

A la edad de 25 años, lucía una belleza impactante, de alguien que no había llegado aún a los 20.

Desde muy niña era la dueña de una felicidad exuberante, que parecía haber crecido después de su casamiento con el amor de su infancia, el apuesto y acaudalado James Collins.-

Sus hijas Lilly y Sussanna ya tenían 3 y 5 años, respectivamente, y estas niñas eran tan felices y bellas como su madre.

Nadie podía convencerse de que Dorothea pudiera morir.

La muerte es una necesidad urgente para los que pierden la esperanza, o bien algo que se posterga hasta que uno es muy anciano.

Pero la muerte sorpresiva dejaba a todos negándola (era algo, después de todo, imposible) o bien aceptándola con inmenso desaliento, con una temblorosa incomodidad, muy interna, profunda e inefable.

Pero aproximadamente un mes atrás, había comenzado la tos, y poco después la sangre, que por primera vez había manchado la blusa de algodón eternamente blanca, eternamente inmaculada de Dorothea.

Charity Collins parecía sufrir aún más que la misma enferma.

Charity era conocida como “la hija negra de Dorothea”.

Charity había nacido esclava, pero jamás conoció la esclavitud. Dorothea la había protegido desde muy niña, primero

como su hermana, y luego, después del feliz casamiento, como la primera hija.

Charity compartía la mesa, los maestros, los conciertos, los paseos, los pic-nics junto al río Yeopin, y los sermones en la Iglesia Bautista, como si fuera una Collins más.

De hecho, todos los esclavos de la plantación de algodón de James Collins, se llamaban “Collins”, pero ninguno gozaba de tantos privilegios como Charity.

Las dos grandes familias, dueñas de la plantación veían con odioso recelo, esta excesiva familiaridad, ofrecida a una criatura de cuyo origen divino dudaban los más eruditos y actualizados doctores.-

Charity, inocente e ignorante de toda disquisición metafísica, vestía a la moda inglesa, como lo hacía Dorothea y su belleza era legendaria en todo el Sur de Carolina del Norte.

El maestro de Lilly y Sussana, Samuel Hoskins, le había enseñado también a Charity la sangrienta Historia Greco-Romana, la Geografía mundial, la Poesía inglesa, incluyendo al gran Shakespeare, la lógica simbólica de las Matemáticas y la caprichosa narrativa de la Metafísica.

Charity recitaba de memoria el monólogo de Hamlet y los versos de Ofelia.

Por eso, junto al lecho de Dorothea, le decía:

“Dorothea, si te mueres, le pediré a los soldados que descarguen sus rifles, hacia el cielo, para mostrarle a Dios que no queríamos tu muerte”.

Con restos de energía, Dorothea se encendía:” No blasfemes, niña mía, pídele a Dios que se haga su voluntad, que siempre es lo mejor para todos nosotros”.

Y lloraban juntas, a veces sonriendo.

Cuando el maestro Samuel entró al inmenso dormitorio con el Sr. Hugo Tredwell, le susurró al oído:

“Charity es casi tan bella como Dorothea, a pesar de su piel negra y de sus gruesos labios obscenos”...

Llegaron más personas que se fueron juntando en círculo alrededor del lecho de Dorothea.

Era una hora celeste y luminosa, como el ventanal del segundo piso de la mansión, después de la comida del mediodía. Desde la ventana se divisaba, a unas seis millas el río Yeopin, más lejos el Mar y más cerca los surcos prolongados de la plantación.

Todos estaban sorprendidos e incrédulos, como adorando silenciosamente la cabellera rubia y resplandeciente de Dorothea, desparramada sobre grandes almohadones de seda negra.

Sobre la seda negra brillaban también las lágrimas de Charity, su piel y aquellos inmensos dientes blanquísimos, que delataban los labios contraídos por la angustia.

Dorothea dijo, con voz débil pero audible que ésta quizá fuera la última vez que ella los vería a todos.

El momento era solemne y se habían reunido, como rara vez ocurría, señores y esclavos.

El maestro Samuel tomaba las manos de la abuela Catherine, la vieja esclava, quien sollozaba esforzándose por silenciarse.

Catherine le había dado a los Collins dos esclavas: su hija Penélope y su nieta Charity.

Dorothea se dirigió a Catherine con un atractivo susurro:

“Algo te angustia, querida abuelita Catherine. Recuerda que todos morimos, seamos esclavos o señores. Déjame que me muera en paz, no quiero llevarme tu angustia”.-

Catherine le respondió, muy urgida por sus pálpitos sombríos, entre sollozos ahora liberados:

“Amita Dorothea; ¿ qué será de Charity cuando te vayas ?

Bien sabes, amita linda que tu padre vendió a mi hija Penélope hace tres años, a pesar de mis ruegos y ya ni siquiera sabemos dónde Penélope está.

Es cierto que Penélope era rebelde, pero también es cierto que Penélope no podía someterse, como cristiana, a lo que tu padre le pedía.

Cuando cumpliste 22 años, en 1810, le pediste que no vendiera a Penélope, pero igual lo hizo.

No sabemos dónde está Penélope. Charity perdió a su madre. Mi esposo Earnest perdió a su hija.

Dios le dio a Earnest un cuerpo soberbio e infinita bondad, pero le quitó el poder de proteger a Penélope.

Earnest ha jurado gastar lo poco que gana con su trabajo en esta plantación en comprarle a los Collins la liberación de Charity.

No queremos que Charity pase por el duro y oscuro destino de la altiva Penélope “.

Dorothea lloraba junto a Catherine.

“Ya le pedí a mi esposo James, querida Catherine, que se ocupe de que Charity pase al cuidado de mi hermana Lydia Collins Tredwell y su esposo Hugo Tredwell, para hacer tareas domésticas y salvarle así del duro trabajo rural en la plantación.

Charity ya no dormirá con Lilly y Sussana; tendrá una habitación para ella sola.

Ya hablé con el pastor Eliah Sawyer para que case a Nathan (nuestro cocinero) con Charity, apenas ambos estén listos. Sabemos cómo se aman. Me temo que eso es todo lo que puedo hacer por la querida Charity”.

“Yo temo lo mismo, amita”-respondió Catherine con otro susurro penoso y tímido.-

Nathan Turner también había sido convocado. Miraba el techo con una sonrisa de alivio.

Hugo Tredwell comentó con el maestro Samuel: “Mira, Samuel, ese desperdicio de negro.

Mide más de seis pies, tiene 24 años, tiene los músculos más imponentes de la plantación, y ya ves, Dorothea lo asignó a la cocina, para que pudiera ver a Charity todos los días”.

Nathan miraba a Charity con paradójica alegría. La excitación de su gozo, a pesar de lo solemne del momento, nació cuando oyó que su ama, nada menos que su ama Dorothea, le abría las puertas del

matrimonio con Charity, la bellísima adolescente que era su amada y su dolorosa obsesión.-

Charity miraba a Nathan sonriendo, a pesar de sus lágrimas. Sus inmensos dientes immaculados hacían un resplandeciente contraste con la negrura mojada del resto de su rostro juvenil.-

La sesión con Dorothea terminó pronto. Sólo Dorothea, sin energías, había llegado a creer en su propia muerte.

Todos tomaron a esa última reunión con mucha liviandad.

Dorothea murió a solas al atardecer. Sólo los Collins y los Tredwell fueron notificados.

Hugo había sido el segundo esposo de la madre viuda de Dorothea y Lydia.

Los Collins morían jóvenes y así quedaban para siempre en la memoria de todos.

Cuando falleció esa aguerrida mujer, aunque no tan prematuramente como su hija Dorothea, Hugo pidió inmediatamente la mano de Lydia. Hugo no era hombre de saber esperar. Ya había arrinconado varias veces a su hijastra Lydia, a quien le había robado algunos besos pasionales sin mucha lucha.

Lydia había aceptado la propuesta matrimonial de su padrastro en el mismo instante en que se produjo; y la boda discreta se realizó al mes siguiente, con la novia todavía vestida de negro, luto por su madre.

Era la época en que Hugo aún era un hombre imponente, de barba negra azulada y objeto de las fantasías románticas de las damitas adineradas de North Carolina Sur.-

Charity había tomado posesión de su nueva habitación y por la pequeña ventana sostenía la mirada con Nathan, uno en el otro, sonriendo de gozo. No sabían de la muerte de Dorothea.

No sabían nada, ni siquiera sabían que eran felices.

Antes de la cena alguien golpeó a la puerta de la nueva habitación de Charity.

Ella lucía gloriosa y feliz, vestida con uno de sus vestidos ingleses más perfumados, después de su baño semanal.

Abrió la puerta y se encontró con el rostro adusto y barbudo del amo y señor Hugo Tredwell.

El entró sin ser invitado. Se paró en el centro de la habitación casi vacía y miró largamente a la muchacha de arriba a abajo. Se detuvo mirando los labios abundantes de la muchacha negra.

Le dijo: “Charity, soy tu nuevo amo y señor. No quiero que veas más al Sr. James Collins ni a ese monstruo de Nathan. Tampoco al lascivo maestro Samuel. Dorothea no pensaba bien, por culpa de su terrible enfermedad. Eso de que te cases con Nathan es un capricho absurdo. Te digo aquí, entre tú y yo, para que todo quede claro desde el comienzo; serás mi segunda esposa y mi primera esclava. Nada de lo que te diga se lo repetirás a nadie. Si lo haces te voy a partir el cuerpo a latigazos.

Obedecerás sin hablar a mi esposa Lydia, como si fueras una perra sin palabras. Tampoco quiero oírte más recitando poesías.

Podrás hablar con sólo dos hombres en este mundo: uno de esos dos hombres soy yo, el otro es el pastor Eliah Sawyer, pero sólo en mi presencia.

Ya no habrá maestros para tí. Yo seré tu único maestro. Eliah será tu pastor, pero yo soy más que él; yo soy tu Dios.-

Habla ahora si tienes algo que decir.”

Charity estaba en silencio. El asombro había agrandado sus ojos negros. La tristeza los humedecía.

Lucía aún más atractiva.-

“Dí que comprendes”-gritó Hugo, perdiendo su ya escasa paciencia.

“Comprendo”-respondió Charity aterrorizada. Pensó en el triste destino de su madre.

“Háblame bien. Recuerda que soy tu único amo y señor. Dí, comprendo mi amo”.

“Comprendo mi amo”-dijo Charity, rendida.-

Antes de cerrar la puerta dijo Hugo al irse:

“ Si te comportas bien, llegarás a ser tan valiosa para mí como el algodón que cultivo y los caballos que domo.”

---

## **2- El maestro explica la muerte y la vida**

James y Hugo partieron temprano para Edenton, con el objeto de realizar los trámites del funeral de Dorothea.

El maestro Samuel llegó puntualmente en la mañana para impartir sus clases a las tres niñas; Lilly, Susanna y Charity.

“Maestro”-dijo Charity- “Ya no podré asistir a sus clases. Dorothea ha muerto y el Señor Hugo me prohíbe continuar con este privilegio.”

Samuel comprendió que nadie había pensado en notificarle lo de la muerte de Dorothea.

En una plantación esclavista poco se piensa en la educación.

Samuel ya había sufrido violentas confrontaciones, por parte de los dueños de varias plantaciones, sobre la inconveniencia de educar a una esclava como Charity.

Dijo Samuel, conciente de la poca importancia que se le otorgaba: “ Hoy tendremos que suspender nuestras clases, para permitir que nuestras almas se vuelvan más humildes con la idea de la muerte, y que puedan estar en paz y silencio, en la proximidad al alma de la muerta. Eso es lo más importante que podemos hacer por los muertos y por los vivos que nos rodean.”

“Maestro”-preguntó Lilly- “¿ Sabe Ud. cuándo reviven los muertos ?”

Samuel sintió el peso enorme de la responsabilidad de un maestro. Sabía también que ésta era la última vez que vería a la bella Charity. ¿ Acaso tenía miedo de no verla nunca más ?

¿Acaso le aterraba que Charity dejara de aprender ?”

“Niñas”- dijo Samuel recobrando la dignidad ante sus propios ojos-

“Dios es lo único que hay en todo el Universo. Es lo único que siempre hubo. Cuando Dios creó la tierra, el cosmos, y los cielos uránicos (antes que los hombres hicieran el infierno en la tierra), lo hizo con lo único que hay; la substancia divina. Dios hizo a la creación consigo mismo. Todos nosotros somos parte de Dios.

Lilly verá a su madre en el Paraíso Celestial, si es que vive y muere en paz. O bien tendrá que regresar, reencarnando, a la tierra, si no vive y muere en paz.

Charity preguntó: “Maestro, ¿ cómo estaremos en el paraíso; desnudos o con el último vestido que hemos usado en la tierra ?”

Samuel sabía que Charity preguntaba eso, porque como esclava se sentía desnuda y desprotegida frente a su amo, diariamente, cada noche, totalmente sometida al poder de su Señor en la tierra.

Charity temía también a su Señor del cielo, que trataba tan bien a Hugo.

Samuel sabía que no sabía la respuesta.

“No sé cómo contestarte, Charity”- dijo el maestro, concentrando toda su energía y toda su honestidad.

Ahora tenía que resumir todo lo que sabía y todo lo que creía, a pesar de su conocimiento, para consolar a Lilly e instruir a Susanna y a Charity.

“Todos estamos hechos de la substancia divina, pero estamos limitados por nuestra percepción de la realidad.

Solamente Dios, el creador, tiene la Percepción Total de la Conciencia y la Inteligencia Universal.

Nosotros podemos ver y escuchar lo que nos informan nuestros ojos y nuestros oídos.

Pero en esa información subyace la Pansintonía Universal, ya que todo está relacionado con todo.

Dios puede ver en cada ser humano lo que le ocurre a toda la humanidad. El miedo y la tristeza de toda la humanidad, laten

desde el comienzo de los tiempos (ayer y mañana) en cada ser humano, sea Señor o sea esclavo.

Somos “animales” porque tenemos “ánimo” ó alma.

Pero somos divinos porque estamos hechos con la substancia del Espíritu de Dios.

Cada uno de nuestros dientes, nuestro corazón, nuestro cerebro y nuestro sexo, son parte de Dios y viven en Dios.

Millones de microbios viven en nuestro cuerpo, y son también la vida de Dios, aunque ellos y nosotros muramos alguna vez.

La piedra, que parece muerta y estéril, es también parte de la vida de Dios, y está hecha de átomos en movimiento, movimiento que representa, en la piedra, a la vida eterna de Dios.

El desorden es sólo el resultado de la limitación de nuestros sentidos, ya que todo el Universo está compenetrado por el orden de la Inteligencia de Dios.

**Cuando abrimos completamente todos nuestros sentidos al mismo tiempo, con la mente muy viva y alerta, pero también muy pacífica y silenciosa, entonces, en medio de la noche, en el centro del bosque, o en el desierto, o junto al mar, nos percatamos claramente del orden universal, aunque algún matemático, aislado en su gabinete, nos diga que el cosmos está en estado de caos.**

El cuerpo de Dios es toda la materia, la mente y la energía del Universo.

Cuando nacemos, Dios está floreciendo en nuestro cuerpo fetal.

Cuando morimos, nos envolvemos en Dios.

El árbol está ya completo en la semilla, y la semilla es la substancia de Dios.

El hombre y la mujer ya están completos en el esperma y en el óvulo, pero tanto el esperma como el óvulo, en su infinita pequeñez, tienen la inmensidad de la substancia de Dios.

De todos los seres humanos, hay uno en cada generación, que se acerca más que los otros a la Inteligencia Universal de Dios.

Ese es el Cristo o el Elegido de Dios.

Ese hombre, destinado a sentirse solitario, por su suprema inteligencia, se mueve en un ámbito de conciencia mucho más amplio que el del hombre que no tiene instrucción, o que no se atreve a usar su inteligencia original divina.

La muerte no destruye el alma, que está hecha de la substancia original de Dios, la materia de la creación.

El alma persiste más allá de la muerte del cuerpo. Reencarna en otro cuerpo fetal, si está sucia, bulliciosa o inquieta; o bien se eleva a la Conciencia Universal si está limpia, silenciosa y en paz.”

Samuel vió que la pequeña Lilly hablaba con Charity, incapaz de entender el discurso favorito de Samuel.

Tratando de controlar su rabia, exclamó Samuel:

“No hablen entre vosotras. Es una falta de respeto y consideración. Pero, lo que es todavía peor, así nunca sabrán lo que les estoy enseñando.”

Charity le contestó al maestro: “Perdone Ud., pero Lilly acaba de preguntarme nuevamente cuándo volverá a ver a su madre Dorothea.”

El maestro sintió, muy a pesar suyo, que éste era el momento de finalizar la clase espontánea y el diálogo de sordos.

Les dio los buenos días a las tres niñas, les rogó que se mantuvieran en paz, tanto en el gozo como en la adversidad, y se alejó en silencio.

Pensó para si: “Solamente la senectud termina con nuestras preguntas. Las respuestas no importan.”

Samuel reconocía con tristeza, que todas sus palabras, tan bien intencionadas y fundadas en años de lecturas teológicas, no habían logrado consolar a Lilly ni impresionar a Susanna y a Charity.

Y Charity distorsionaba la enseñanza con sus temores de niña esclava.

Y los labios de Charity eran tan gruesos, tan sensuales y tan atractivos...

Y el cuello de Charity, y los ojos francos y ardientes y los hombros de Charity...

Samuel sabía bien que Charity estaba totalmente en las manos de un amo sin moral y sin religión; Hugo.

Ahora le quedaba solamente ser maestro de Lilly y de Susanna.

¡ Qué tristes serían ahora las clases sin las preguntas brillantes y dramáticas de Charity !

Ya no podría perderse en la deliciosa distracción de mirar los inmensos dientes inmaculados y la roja lengua de Charity, en el marco negro de su cara, mientras ella hacía algún comentario inteligente.

¡ Y los ojos negros de Charity !

Ahora tenía solamente su vejez incipiente.

Seguía durmiendo mal, soñando con ser joven y despertando en medio de la noche con la desesperación de saber que estaba empezando a ser viejo.

Imaginaba la cópula con Charity, a quien no podría tocar jamás, a quien quizá ni siquiera vería nunca más.

Pensó en su amigo Joseph Cabell, quien pensaba en fundar la Universidad de Virginia, en Charlottesville, en un inmenso y bellísimo territorio de mil acres.

Joseph le había pedido a Samuel ser Profesor de la nueva universidad y le había ofrecido un apetitoso salario.

¡ Qué bello sería conversar de la Escuela de Hannover con jóvenes inteligentes, virtuosos y amantes de la excelencia !

¡ Qué enorme desperdicio compartir sus ideas en North Carolina, con dos o tres niñas de una familia adinerada como los Collins !

Thomas Jefferson, el viejo Gobernador de Virginia, ahora retirado en Monticello, no se negaría a admitirlo como Profesor de la Universidad de Virginia, y menos con una recomendación del famoso y adinerado Joseph Cabell.

Ahora él mismo, Samuel Hoskins, podría otorgar grados a médicos y abogados que ahora practicaban sin licencias, algo que Jefferson rotulara burlescamente como “un artificial embellecimiento de la Universidad de Virginia.”

Cabell ya le había dicho que entraría a la universidad como “Maestro de Artes”, el más alto título académico de los Estados Unidos.

¡Ah!...los pensamientos y las palabras, los honores públicos y el sexo seguían robándole la paz, a pesar de lo bien que sabía que la paz es necesaria para la salvación espiritual.

Samuel susurró, junto con la brisa en la copa de los árboles de la mansión de los Collins:

“Dios mío, en nombre de Jesucristo, dame la energía para vivir con dignidad los últimos años solitarios de mi vida, junto con la paz para vivir y para morir, en la adversidad del aislamiento de la vejez.”

---

### **3- Las niñas**

Estaban solas en el dormitorio.

“Extraño mucho a Charity”- dijo Lilly.

Sussanna enmudeció, dejando transcurrir un prolongado silencio entre ambas.

Lilly estaba ansiosa y no toleraba un silencio tan largo.

Dijo: “¿ Qué quiere decir que murió mamita ?

“Quiere decir que no la veremos más”, replicó exasperada Sussanna.

“Sí la veremos. Yo la quiero ver.”

“Pero no la verás nunca más”-insistió Sussanna-con una rabia entre triunfante y desesperada.

“Pero si está en la sala”-gimió Lilly, resistiendo su aceptación de una realidad dolorosa .

“Está en la sala, pero muerta, dentro de un ataúd.Mañana la van a enterrar en el cementerio.”

Lilly negaba la realidad evidente.Era demasiado dolorosa:

“Pero no va a poder respirar si la entierran.”

“No”, dijo con rendida tristeza Sussanna,“pero no importa nada, porque ya no respira.”

Lilly se aproximaba a la inexorable realidad de la muerte de su madre, pero lo hacía demasiado tímidamente:

“¿ Y cuándo va a salir de allí abajo ?”

“Nunca, hasta que Dios venga a buscarla”

“¿ Y cuándo viene Dios a buscarla ?”

Sussanna fingió seriedad y sabiduría, imitando, sin darse cuenta, el gesto adusto del maestro Samuel: “El día de la Resución, o a \_\_o así.”

Lilly no pudo sostener su negación de la muerte y comenzó a sollozar lo más silenciosamente que pudo:

“Yo no entiendo nada, yo quiero ver a mi mamita y a Charity.”

Sussanna dictaminó: “Charity no vendrá más a dormir con nosotras. Ahora el que manda es Hugo y él no quiere que ella duerma aquí.”

Lilly súbitamente dejó de sollozar e imitó el gesto “desapegado” de Sussanna: “Hugo es malo.”

Sussanna, incapaz de mantener su imitación del desapego, comulgó con Lilly:

“Malo y feo. Y huele a tabaco y a Ron.”

James entró a la habitación, como un fantasma flotando sobre una tumba, con los ojos húmedos y ojerosos:

“¿ Quién tiene olor a Ron ?”

Lilly ignoró la pregunta y dejó que su urgencia de consuelo y negación, dominara la situación:

“Papito, Papito, yo no quiero que entierren a mamita.”

James cansado y conmovido susurró en el oído de la niña, después de abrazarla: “Lilly, vida mía, nadie quiere que la entierren.”

“Y entonces, ¿ por qué la entierran ?-gimió Lilly.-

“Porque es una costumbre muy vieja y hay que hacerlo.”

“ ¿ Papito, dime, qué es una costumbre ?”

“Algo que uno hace muchas veces, sin pensar si a uno le gusta o no...sin pensar si la costumbre le hace daño a alguien...”

Lilly dijo en voz alta y firme: “A mi no me gusta la costumbre.”

“Ya es hora de dormir...” susurró James, agotado por la tristeza implacable del luto.

Lilly exigió: “Yo quiero ir a dormir con mamita, en esa caja donde la pusieron, porque está muy sola.”

“No puedes, Lilly, no es la costumbre.”

Sussanna buscó una pregunta para que su padre distraído y agobiado, la mirara siquiera un momento.

“Papito, ¿qué es la Resución?”

“La Resurrección es cuando Dios viene a buscarnos para sacarnos de la tierra y llevarnos al cielo. En la tierra todos estamos condenados a muerte, por no hacerle caso a Dios. En el cielo nadie muere. Mamita ya está en el cielo.”

Lilly tuvo paciencia con su padre: “No. Ella está en la sala, ahora, papito. Pero si no muere, ¿por qué no viene con nosotros?”

James suspiró profundamente y recitó sus palabras con inmenso cansancio: “Porque el cielo está separado de la tierra por la muerte. Solamente cuando mueres, puedes ir al cielo.”

Lilly, otra vez con obcecada firmeza, dijo: “Entonces yo quiero morirme, para estar con mamita.” Miró a Sussanna, con aire triunfante.

“Eso no se dice, hijita, eso es un insulto a Dios.”

“Pero papito, yo **quiero** insultar a Dios. El ya es grande y viejo.

No necesita a mamita. Pero yo y Sussanna sí.”

“Hijita mía, a tu madre le llegó su hora. Eso nos pone muy tristes a todos.”

“Papito, yo no entiendo las palabras que tú dices, ni las que dice la gente. ¿Cómo hay que hacer para entender?”

“Hay que estar en paz y dormir bien. Ya es hora de dormir y de dejar de hablar.”

“Papito, yo no tengo sueño. ¿Puedo ir con mamita a la sala?”

“No, no puedes, ya es hora de dormir.”

“Pero yo quiero bañarme en el mar con mamita, yo no quiero dormir. Tampoco quiero despertar, cuando me duerma, porque mamita no va a tomar el desayuno con nosotros.”

James se tapó los ojos y dijo lentamente: “Mamita ya nunca más tomará el desayuno con nosotros.”

Las dos niñas comenzaron a llorar a viva voz, al mismo tiempo. James se retiró rápidamente, también llorando.

#### **4-Los nuevos amos**

La mañana lucía nublada.

El calor veraniego, unido a la humedad de los pantanos cercanos, se hacía sentir intensamente, ya desde la salida del sol.

Hugo había comenzado a sudar, mientras tomaba su té caliente, después del abundante desayuno.

Se secaba el sudor con un immaculado pañuelo de algodón blanco.

Lydia había escuchado algo de lo sucedido con su marido en la nueva habitación de Charity, pero había tomado partido por no oír.

Ver y oír bien son las bases para entender bien algo.

Pero, ¿acaso existe un mandamiento cristiano de “entender”?

¿No es mejor que Dios quiera decidir nuestro destino; o bien que le permita a Satanás construir lo que nosotros deseamos ?

¿Para qué entender si una persona nos deja, incapaz ya de sentir amor ?

Es mejor decir algo simple, algo no pretensioso: “Se fue”.

¿Cómo entender la muerte de Dorothea, y la necesidad de sus hijitas, y la desesperación solitaria de James ?

Es mejor decirse: “Hugo habló con Charity, para bien de todos.”

Hubiera sido demasiado doloroso entender que su propia comprensión del matrimonio cristiano, era incompatible con las febriles actividades diurnas y nocturnas de su marido Hugo.

Esas cosas son para dejarlas en el corazón de Dios, para que El ponga su orden, algún día bendito.

Lydia casi no podía hablar, debido a las tristezas encontradas en su pecho y que tampoco le permitían respirar muy profundamente. Un suspiro hubiera traído algún alivio.

Varios pensamientos inaceptables se repetían con acelerada frecuencia. Culpa por su madre, temor a quedar sola, deseos de matar a la bellísima Charity.

Algo mareada preguntó:

¿ Hablaste con Charity, Hugo ?

“Si. Hablé ya con esa ciruela negra.Está bien podrida con las poesías y las exageradas indulgencias de tu hermana Dorothea.”

Lydia se persignó y dijo: “Dorothea, descansa en paz”. Finalmente llegó aquel esperado suspiro de alivio.

Pero otra vez, tensa y respirando muy superficialmente, como para no despertar a los ángeles buenos del cielo:

“Le hablaste de las nuevas reglas”

“Claro, Lydia, le dije que debe obedecerte como una perra, en total silencio, muy sumisamente.”

“ ¿ Y qué más le has dicho ?”

Lydia esperaba sinceridad de un reconocido mentiroso.

Eso quizá hubiera lavado su propia culpa, sin que ella tuviera que hacer absolutamente nada.

Hugo miró a Lydia intensamente a los ojos, con el ceño fruncido, visiblemente molesto.

“ ¿ Qué más puedo haberle dicho mujer ?...

Lydia sintió la pregunta como una advertencia, casi una amenaza.

En años de su matrimonio con Hugo había aprendido a cuidar mucho las palabras, para que parecieran sumisas, aunque no necesariamente amantes. Era más fácil fingir devota sumisión que el amor sin dobleces y sencillo.

Hugo era muy irritable y con frecuencia se encendía en cólera.

Lydia decidió callar, apoyando el silencio quebradizo de la habitación, con un largo sorbo de té inglés tibio, y sin hacer nada de ruido, como lo requerían las reglas de la buena mesa.

Hugo aprovechó la rara tregua que le daba su esposa, en una relación habitualmente tensa y fría, para comenzar a hablar del algodón.

Pero Lydia ya no escuchaba.

Escuchar es una tarea muy difícil. Requiere haber pasado una buena noche de sueño. Y el sueño ya no visitaba fácilmente a Lydia. El sueño necesita paz.

Lydia carecía de eso.

En un momento cualquiera, de súbito, mientras Hugo monologaba sobre las tareas que le esperaban ese día en la inmensa plantación de 100 hectáreas, Lydia se fue.

La movía (aunque rígida y lentamente) una vieja cólera.

Lydia ni siquiera quería entender porqué ya había olvidado el motivo de su vieja rabia hacia Hugo.

Era necesario olvidar el motivo, que quizá fuera su propia falta de integridad. De eso no podía perdonarse a si misma.

---

Charity vió conveniente usar ese raro momento de diálogo entre Lydia y Hugo, para retirarse con una escoba en la mano a la habitación de Lydia.

Charity había aprendido, a veces a latigazos, que hay que pretender estar ocupada con la limpieza de la casa, aunque sólo estuviera recitando un poema o meditando sobre su vida desesperada.-

¡ Qué diferente era Lydia de su radiante hermana Dorothea !

¡ Qué oscura y fría su mirada, qué amargo el rictus de su boca, qué rígida su inmovilidad deliberada, qué escasas y hostiles sus palabras !

Charity adivinaba que había comenzado una nueva vida para ella. Era una vida de mucho menor calidad, sin alegría, sin afecto, sin paz, sin el alivio de las hijas de Dorothea, Lilly y Sussanna, siempre risueñas...

Hugo había prohibido el contacto de las niñas de Dorothea con la esclava adolescente.

“Hay que mantener la forma y el decoro”.-

“Pero es que sólo soy una niña de 15 años de edad”-pensó Charity como contestando a Hugo.

Tampoco se le permitía ver a su amado Nathan, ese hombre de 24 años, que, con sólo mirarla despertaba mariposas en su estómago y sensaciones intrusas y misteriosas entre sus muslos.

Charity jamás se había ocupado de anticipar eventos, ya que siempre había vivido en el mundo de Gracia y amor creado por Dorothea. En ese mundo bendito, nada hay más bello que cada momento presente, sin ser planeado y sin ser interpretado.

En muchos veranos como éste Charity había ido al río Yeopin diariamente, con los Collins, para nadar, para leer poesías con Dorothea bajo los árboles frondosos, para jugar carreras con las niñas gritonas...

Cuando llegaba el atardecer recordaba a Penélope, su gran belleza física, su dignidad callada, su tristeza que le da trasfondo a toda experiencia. Esa era la tristeza eterna de todo esclavo, en cualquier siglo de la historia escrita, la tristeza que ha contagiado a la humanidad, de tristeza...

Recordar a la madre trágica era algo reservado al atardecer, ese momento rojo, en que la luz del horizonte cubre por pocos instantes al algodonal, lo atraviesa y lo une a las primeras estrellas. Charity hubiera querido tener la integridad de su madre. Poder decir que no al amo, sin pensar en las consecuencias tan dolorosas. Iban a menudo al mar, donde entraban hasta que el agua les daba a la cintura. Entonces comenzaba el ascenso del éxtasis, con las olas azules y el descenso descansado, mientras subía el horizonte. Era el gran gozo, pero un gozo muy profundo como para que permitiera la carcajada.

El mundo en el mar era un subibaja y una danza. Así lo había pensado Dios, hasta que el hombre comenzó a pensar.

En el camino a la mansión, con las estrellas y las niñas de Dorothea, la vida traía la risa, en el descanso de ver las cosas familiares que retornan al anochecer.

El hambre era voraz, y el éxtasis de la libertad silenciosa y amante, demasiado sublime para las palabras.

Era la libertad que pocos se toman, cuando la mente está en silencio y puede escuchar hasta el sutil susurro de la brisa, ya que esa mente no piensa absolutamente en nada.

Los domingos eran dedicados totalmente a los ritos eclesiásticos y familiares.

Al terminar el sermón en Edenton, comenzaba el largo y lento paseo a pie, a lo largo de la calle Broad.

Este paseo se dedicaba a saludar a todos los señores y señoras de la pequeña ciudad.

Vestían con sus mejores galas, para estar presentables ante Dios y sus vecinos.

Gente que jamás le dirigía a Charity ni una palabra, dentro de la plantación de los Collins, la saludaba muy cortesmente en la calle principal, para demostrar al menos un poco de aquella difícil caridad cristiana, que el pastor Eliah Sawyer valoraba tanto en sus sermones de domingo.-

Todos sonreían más fácilmente, momentariamente olvidados de los afanes del trabajo, de la ambición por el provecho interminable, durante el ocioso y lento paseo dominical, después de escuchar algún evangelio cristiano por unos escasos minutos.

En aquellos días la mente de Charity renunciaba a las palabras y simplemente miraba y escuchaba las infinitas pequeñas cosas que hacen de la vida algo noble, sagrado y maravilloso.

Recordó las palabras de su pastor Eliah: Mateo capítulo 13, verso 16: **“Dichosos son vuestros oídos porque oyen, y dichosos son vuestros ojos, porque ven”...**

Entre las llamadas “pequeñas” cosas de la vida noble estaban escuchar a los pájaros hechos trino, los ladridos cercanos y aquellos muy lejanos, que agrandan el suelo que uno pisa y el espacio visible.

¡ Que lindo mirar a los feligreses sonrientes, bien rosados con la caminata, seguidos de sus tristes esclavos negros ¡

¡ Qué lindo perseguir, con la mente en silencio, aquellos pájaros del mediodía que se iban perdiendo en una línea infinita en el cielo azul de North Carolina !

Pero Charity era la única esclava alegre. Ella era la única esclava que jamás había sido maltratada o explotada.

Pero ahora, en esta mañana tan diferente, mientras pretendía barrer silenciosamente, el mismo lugar del piso, repetidamente, se llenaba su mente de inútiles palabras y temores.

Ninguna palabra y ningún miedo podía cambiar su nuevo destino.

Hugo era el peligro a su dignidad; Lydia, la avejentada ama que había perdido toda alegría, dándole un lugar cada vez mayor al aislamiento y a la frialdad.

Dios ya no estaría, con Dorothea, acompañándola en cada momento de su vida, sino sólo en los Sermones dominicales del Pastor Eliah Sawyer.

Nathan, el titán de sus sueños, pasaría a ser el amor perdido prematuramente, antes de consumarse. Nathan era un nombre que para ella había representado “esperanza”, pero ahora significaba “desesperación”.

Hugo le había prohibido ver a cualquier hombre, y eso incluía a su padre Earnest, quien sólo pensaba en la liberación.

Tampoco vería ya más a su maestro, Samuel Hoskins, alguien que podía transformar la geografía, la Física, la Química y las Matemáticas en un cuento de hadas.

De las mujeres que podría ver quizá alguna vez, a hurtadillas, claro está, sólo estaban las niñas Lilly y Sussana, y su abuela Catherine.

Pero la mujer más querida, su madre Penélope, estaba en un lugar desconocido. Exagerado castigo por no haber cedido a los requerimientos libidinosos de su amo Hugo.

Hugo era un cuarentón muy musculoso, que había ganado mucho peso, después de descubrir la buena cocina de los Collins. Amaba que se le temiera. No tenía ya la capacidad de atreverse a los peligros del amor o a la vulnerabilidad de la ternura.

Gozaba del triste placer de ser temido.

Esto siempre ha sido más fácil que amar.-

De pronto Charity reconoce que el diálogo entre Lydia y Hugo ha terminado.

Debe buscar otro lugar. Decide irse a su propia habitación rápidamente, ese refugio donde podía perder su alma, en manos de Hugo... o matando a Hugo...

Cuando abría la puerta de su propia habitación, todavía sorprendiéndose con la escoba en la mano, Lydia, que apenas estaba llegando le dirige la palabra:

“Escúchame, Charity” -dijo Lydia Collins Tredwell.

Lydia tenía los mismos años que su esposo Hugo, pero parecía mucho más vieja que él.-

Charity se alegró, al ver que su ama le dirigía la palabra, pero ésta alegría no duraría mucho.

“Comerás siempre en la cocina, con el resto de los esclavos domésticos. La mesa del Señor Hugo es para los amos y Señores.

Mi hermana Dorothea te ha tratado de una manera desgraciadamente inapropiada.

Despierta ya y toma el lugar que te corresponde.

Voy a respetar el deseo de mi pobre hermana y trabajarás en la casa, siempre que no escuche de tí ni una palabra y siempre que no me des razones para quejarme de tí.”

Con esto Lydia se aseguraba de no saber de nadie aquello que prefería no saber, aquello que podría hacerle perder su alma.

Continuó Lydia: “Sé que tienes habilidades para la costura. Te ocuparás solamente de dejar la casa limpia y de arreglar la ropa rota de la familia.

Yo daré mis órdenes a tu supervisora, la esclava Norah, que tiene 70 años. Si llego a necesitar hablarte nuevamente será para enviarte a la plantación y no verte más en esta casa”.

“Trata entonces de andar callada y hacer bien tus tareas, evitando así que tu ama Lydia te vea y te hable”.

Charity sólo pudo decir, con la boca reseca: “He comprendido, ahora quisiera retirarme a mi habitación”.

Lydia abrió mucho sus ojos:

“Dí bien: he comprendido mi ama y Señora”.

“He comprendido, mi ama y señora”... susurró Charity antes de retirarse apresuradamente.

Ya en su habitación trataba de entender, en vano, porqué recibía ese trato de sus nuevos amos, quienes tenían la misma forma humana de sus viejos amos, pero que parecían ser de otra especie viviente, una especie enemiga, que sólo sabía defenderse y controlar.

---

Se durmió entre sollozos prolongados, silenciados con la almohada.

En la temprana tarde la despertó Hugo de su agotamiento tan constante, tan terrible e inexplicable.

“Vengo a tomar lo que es mío”- dijo Hugo con un susurro potente.

Se sentó sobre el borde de la pequeña cama, ocupada por Charity.-

“Duermes sin quitarte la ropa, Charity, vamos, quítatela de una vez.”

“Sí mi amo”-dijo apresuradamente Charity, quien, aunque entredormida, sabía que podía despertar la ira de quien había decretado la tragedia de su madre Penélope.

Continuó su pensamiento en voz alta:

“El rostro de mi madre Penélope se va desdibujando en la memoria, como si fuera de niebla.

Cada día que pasa está más esfumado”...

Hugo la interrumpió: “Tú debes ser buena conmigo, si no deseas seguir su mismo destino”...

“Compré a tu abuela Catherine y a Earnest, ambos el mismo día por dos mil dólares, en el puerto de Georgetown, en South Carolina.

Y salieron buenos.

Por eso no dudaría en venderte allí mismo por 20 dólares si traicionas mi confianza en tí. Ya, de una vez haz lo que te he dicho, que no te lo voy a repetir.”

Con mucho desgano y lentamente comenzó a quitarse la ropa. Hugo la veía reacia, pero eligió ignorar esto, ya que su paciencia se compensaba con el lento y excitante descubrimiento de ese cuerpo escultural, de esa piel cuya suavidad era resplandeciente, de ese olor que embriagaba el corazón y elevaba el sexo.

Charity iba ordenando la ropa que se sacaba sobre la única silla de la habitación.

Esto iba excitando a Hugo aún más. Comenzaba un lento jadeo en el esfuerzo por no abalanzarse sobre Charity.

Ya desnuda, ella enfrentó a su verdugo, cubriéndose los senos con las manos.

El apartó las manos de Charity y pasó su lengua alternativamente sobre sus pezones rojo-violáceos y turgentes. Lamía uno y otro con cierta avidez animal.

Luego colocó los brazos de Charity alrededor de su cuello y tomó la vulva en la mano derecha, como agarrando una fruta que hubiera que arrancar del árbol.

Hugo cayó de rodillas y lamió los muslos de esa niña lisa y dura, rindiéndose suavemente, haciéndose mujer a pesar de ella misma.

Ella tuvo que sentarse, muy confundida, cuando él inesperadamente puso su cara entre los muslos y penetró su vagina con la lengua húmeda y caliente.

Los rápidos movimientos de la lengua de Hugo la hacían vibrar desde su pubis hasta el corazón.

Miraba, como encandilada, los ojos encendidos de Hugo, asomando por sobre el horizonte de su propio pubis.

Ella encontraba un agrado inaceptable en esta violación adúltera, de un amo que se portaba como esclavo.

Pensó en Nathan. Ese hombre jamás hubiera descendido a un acto como éste.

“Toma mi tronco”, ordenó ronco y apresurado Hugo.

Hugo guió la mano de la niña hasta su pene hinchado y tenso, increíblemente suave al tacto, latiendo cálidamente.

Urgido por su instinto ciego, Hugo penetró con su pene la vulva de la niña mientras jadeaba intensamente y se apoyaba en la cama con los codos.

Siguieron salvajes y prolongados, empujones profundos.

Hugo metió ahora su lengua, abriéndose paso entre los inmensos labios carnosos, en la boca gimiente de la niña-mujer.

Ella sintió repugnancia al sentir el gusto y el olor del tabaco quemado en la boca.

Hugo se estremeció por un momento inefable, en la cumbre del placer carnal.

Antes que el pene perdiera su erguido aspecto, Hugo se apresuró a pararse, buscando los pantalones alrededor de sus tobillos.

En un momento ya había salido, casi tropezando, de la habitación.

En la cama quedó Charity desnuda, con su vientre espasmódico y tembloroso, mirando horrorizada cómo habían crecido sus pezones en tan poco tiempo.

Confusamente se mezclaban el placer más grande, con la más profunda repugnancia.

Presintió que algo se movía en su vagina y se tapó la vulva con ambas manos.

Eso no pudo detener el aluvión de semen que bañó sus muslos tensos y sus nalgas duras.

Se apretó mucho más, allí, con ambas manos como para darle un fin desesperado a algo que había sido dolorosamente incompleto.

Comenzó a sollozar suavemente, con débiles gemidos de tristeza. Pero el sueño esta vez no vino fácilmente.

¡ Qué diferente iba a ser esta nueva vida !

¡ Qué solitaria y qué indigna !

¡ Cuánta tristeza incontenible y rebelde !

Charity se horrorizó al ver entrar a Hugo nuevamente, ya sin jadeos.

“Dime si te ha gustado”-dijo Hugo con apuro.

“Sí mi amo”-dijo rápidamente Charity muy asustada.

Hugo se fue aún más satisfecho, pero pensando ahora en la próxima cosecha del algodón.

Charity sintió que su corazón cambiaba de ritmo y se sorprendió de verse sentada en la cama, temblando de miedo, sobre la sábana mojada de semen.

Pensó en su madre Penélope, en Dorothea y en Dios.

Murmuró para si misma:

“Dios, dame una plegaria para no enloquecer de tristeza y desesperación”.

“Mi pulso, digna madrecita Penélope, marca los caprichos del tiempo interminable.

Madre, por el amor de la Gracia Divina, pídele a Dios mi muerte, si ésta habrá de ser mi vida.

Hay que pedirle perdón al pecado y al estiércol, que vitalizan los vientres y la tierra por este ya eterno deseo de morir.

O vivir con la mitad del corazón, sin poder arrojar para siempre la mala mitad.

Entregarme a Hugo o matarme, esa es mi triste opción.

Y prefiero la vida de pecado al suicidio pecaminoso.

Sufriré este destino ultrajante, indigno y desesperado, desarmada en el mar de los problemas.

Morir, dormir en pesadillas, antes que esta vida esclavizada a un opresor repulsivo.

O, en cambio, sudar y lamentarme en mis días absurdos.

Ah !, que Dios olvide mi destino y me haga otro, como hizo a Dorothea.

¿ Habrá un convento que acepte a una niña negra para jurar castidad, pobreza y obediencia (a la conciencia bañada con el Espíritu de Dios ?...)”

---

## 5-- Sermón, promesa y violación

Habían pasado muchos meses sin que Charity retornara al río, al mar o a la Iglesia de Edenton.

Era mejor así. Ella sentía que no merecía el placer de celebrar la naturaleza.

Por otra parte, no ir a los ritos cristianos significaba una oportunidad menos de enfrentar su vida, su indignidad, su culpa, y las miradas de todos los que ya sabían lo que ocurría, que eran literalmente todos. La vieja esclava Norah, la doméstica de Lydia, sabía tanto como Lydia, pero hablaba más.

La muerte de Dorothea había marcado una vida anterior, deleitosa, y sagrada. De esa vida ni siquiera se podía hablar.

A veces dudaba si había sido sólo una fantasía de su imaginación.

Pero un domingo como hoy agitaba los recuerdos.

El domingo es el día del Señor.

Charity se confundía y pensaba si “día del Señor significa día de Hugo o día de Dios”.

Lydia golpeó la puerta de su habitación y le dijo que ya había llegado el pastor Eliah.

Hoy habría sermón para los esclavos.

A veces se daba tal cosa, los domingos por la tarde.

Sólo escuchaban los esclavos domésticos, unos cuarenta y seis.

Los esclavos de la plantación no participaban de nada, más que del trabajo.

Todos los negros y negras de la casa, parados en la inmensa cocina recién limpiada, descalzos sobre el piso todavía húmedo por los estropajos, escucharon el sermón de Eliah Sawyer.

“Atención esclavos. Escuchen bien mis palabras, que son las palabras de Dios y del Señor.

Vosotros sois rebeldes y pecadores. Vuestra alma es negra como vuestra piel y es un alma llena de las cosas del diablo.

El diablo los tienta a Ustedes día y noche. El diablo quiere bailar con Ustedes. Pero cuando termina el baile, el diablo sigue igual, siendo diablo, siendo ángel caído, pero el hombre y la mujer que

ha bailado con el diablo ya está maldito para siempre. Al morir, le espera el infierno.

En la noche están tentados a revolcarse en el semen.

De día están tentados para pensar en la liberación cuando sean viejitos, en vez de trabajar ahora que están jóvenes y sanos para el amo y Señor Hugo.

Si el amo se enriquece con vuestro esfuerzo, es para poder pagarles, para poder darles alimentos y vestidos.

Todos Ustedes son unos perfectos haraganes y no les gusta trabajar mucho.

Pero trabajando mucho es como serán fuertes.

Dios mira lo que pasa todo el día. Dios sabe cada cosa que dicen.

Sabe de cada fornicación y de cada haraganería.

El gusto del sexo es para que tengan hijitos para el amo, para que trabajen para el amo. El gusto del sexo no es el placer.

**Si no tienen hijos para el amo...**

**¿ para qué sirve el sexo de Ustedes ?**

Ustedes leen el café y cortan cartas de juego, en vez de trabajar y pagar las deudas que tienen que pagar al amo y Señor Hugo.

Venden el algodón que pertenece al amo, para comprar ron.

¿ No saben que el ron es el agua de Satanás ?

¿ Acaso no saben que el ron sólo sostiene las embriagueces ?

**Si Ustedes desobedecen al Señor de la tierra, entonces ofenden al Señor de los cielos.**

Si Ustedes odian al Señor de la tierra, van a perder el amor del Señor de los cielos.

Ahora los bendigo para que se sientan sanos y puedan trabajar más para ese virtuoso y amable Señor de la Tierra, el Señor Hugo Tredwell.

Regresen ahora a sus tareas y aléjense de Satanás. Yo los bendigo”.-

El pastor Eliah miró al Señor Tredwell, buscando su aprobación.

Hugo le dió la mano sonriendo y le dijo: “Eliah, tú eres mi mejor aliado”.

Una vez que se fueron los esclavos, en la misma cocina, Hugo y Eliah compartieron un gran vaso de ron.

---

Se había corrido la voz que Nathan había sido vendido a la terrible plantación de los Auburn, donde se cometían actos contra los esclavos de legendaria crueldad.

También se decía que Nathan había enfrentado a Hugo, cuando los chismes de los esclavos domésticos llegaron a los esclavos de la plantación ( donde ahora trabajaba Nathan) con la información de que Hugo usaba a Charity en la cama diariamente.

Esta información era repetida por todos, como un estímulo paralelo al té, pero una vez llegada a los oídos de Lydia, allí moría.

El chisme terminaba diciendo que Nathan había sido reducido, después de atacar a Hugo y había sido arrojado al legendario Snaky Swamp (el Pantano de las Serpientes) , ubicado al sudoeste de Edenton, frente al mar.

Las leyendas del Pantano de las Serpientes no tenían que ser verdaderas, sino sólo entretenidas.

Se decía que las serpientes danzaban antes y después de comerse a todos los que osaban meterse en el pantano.

Mucho había llorado ya Charity con todos estos chismes, cuando un buen día vio a Nathan, junto al río, un bello día de sol, en que llevaba ropa para lavar.

Ruborizada por mil emociones, Charity vio a Nathan.

Movió solamente su mano derecha, como un saludo, sin poder decir una palabra.

Nathan se acercó con el rostro serio y los ojos llenos de lágrimas silenciosas.

Cuando Charity logró hablar, le dijo: “ Estamos arriesgando nuestra vida, pero se alivia, al verte, mi corazón, de todas sus muchas tribulaciones”...

“Nuestra vida no vale mucho, Charity”-dijo Nathan acongojado.

Antes que la tentación de callar la venciera, dijo Charity:

“Ya escuchaste los chismes que me juntan a Hugo. Son verdad. Siempre soñé ser tu esposa, gracias a Dorothea, pero hoy ya no querrás unirme a esta niña que sólo sirve de carne para la lujuria adúltera del Señor Hugo.”

Nathan dijo: “Los mismos caballos ya son más respetables que tú”. Agregó ansiosamente: “Pero yo no te amo por respetable. Te amo porque eres mi Charity y nada más.”

Esto hizo sollozar a Charity de felicidad y de tristeza.

Preguntó Nathan: “¿ Tendrás un hijo de él ?”

“Espero que no, Nathan, pero viene todas las noches para usar mi cuerpo, una vez que Lydia simula estar dormida”.

Nathan lloró.

Fue un llanto muy largo.

Son muchas las causas del llanto de un esclavo.

Charity se conmovía viendo a ese musculoso y joven titán viviente, sacudiéndose de tristeza y de rabia.

**Entre los sollozos Nathan pudo decir, con mucho esfuerzo por hablar: “ Juro que te haré libre o que moriré luchando por eso”.**

Nathan salió corriendo sin rumbo conocido y ya no miró hacia atrás.

Corría hacia el Norte.

Charity le gritó: “Te alejas de la plantación con ese rumbo. ¡ Allí está la plantación de los Knox !!

Nathan, sin mirar atrás corría y gritaba estruendosamente:

**¡ Lo juro, lo juro, lo juro !...**

Hubiera visto a Charity desplomarse y sollozar con el rostro entre la hierba, balbuceando la oración de los esclavos:

**“ Diosito, llévame pronto contigo.**

**La iglesia de Satanás está aquí abajo, la iglesia visible de los temerosos y los belicosos que hablan de Dios.**

**Yo espero ir a la iglesia libre de Dios allá arriba, la iglesia que aquí abajo es invisible.**

## **La iglesia de los que aman el silencio y la paz del amor profundo y que no hablan de Dios.”**

---

Pasaron casi tres años.

Charity cumplía 18 años el 21 de Agosto de 1816.

Por eso fue que Hugo permitió la visita de la abuela Catherine.

La abuela trajo de regalo conservas caseras de ciruela y algunas galletas dulces.

Casi murmurando, para no ser escuchada más que por su nieta Charity, narró confidencialmente la fuga espectacular de Nathan, ocurrida en 1813.

“Una legión de Señores y esclavos lo buscaron con perros y fusiles por tres días seguidos.

Se unieron Señores y esclavos de las plantaciones Auburn, Jacobs y Knox.

Buscaron palmo a palmo y de casa en casa hasta Reyland al norte y hasta Hertford, al este. Pero fue en vano. Nathan logró escapar y gracias a Dios nadie sabe de él hasta hoy”.

Pero ya Charity podía escuchar cualquier cosa sin inmutarse.

Después de tres años como esclava doméstica de Lydia y concubina de Hugo, todo era menos trágico y patético que su indigna miseria cotidiana.

Una vez que Catherine se aseguró de la imperturbable frialdad de Charity, la abuela se atrevió, por fin a deslizar la noticia de que Earnest había fallecido 10 meses atrás, de un ataque cardíaco, en un piadosamente rápido final.

“Mi esperanza de ser alguna vez libre muere hoy”-dijo Charity, con la mirada perdida en la pared.

“Querida abuela Catherine. Tú me comprenderás por ser esclava.

En los momentos de desaliento y desesperación, pensaba en mi querido padre Earnest y en su promesa de comprar mi liberación.

Pero ahora sólo tendré mi desesperación, cuando todo se olvida, en la noche, buscando el sueño generoso.”

---

Apenas se hubo retirado la abuela, y aún antes de la cena, Hugo entró en la habitación.

Se había hecho aún más descuidado, y parecía no importarle siquiera la consideración por Lydia.

Era un juego eterno, cotidiano y silencioso, en el que todos jugaban a “no saber nada”.

Charity estaba rendida, inmóvil, relajada como un moribundo que sólo espera su muerte.

“Desvístete”-ordenó Hugo.-

Automáticamente Charity respondió “Sí mi amo”, como un feligrés sin fe, recitando sin ganas su Padrenuestro.

Pronto Hugo estaba manoseando con sus manotas calientes, todo el cuerpo de ese ángel de ébano suave al tacto, resplandecientemente bello al ojo y salvajemente excitante para las ingles y el corazón.

Hugo puso a Charity de rodillas en el suelo, junto al lecho y él se sentó al borde, enfrentándola.

Hugo la tomó de la nuca con la mano izquierda, empujando su cabeza hacia abajo, y con la mano derecha puso el pene en la boca abultada de Charity.

Ella lamía con entregada docilidad el pene desde su raíz hasta la punta y desde la punta del glande a la raíz, más allá del escroto, tal cual había aprendido a hacerlo, obligada por Hugo.

Hugo dijo: “Hoy voy a romperte el ano, para festejar tus 18.”

Ella, en silencio, se puso obedientemente sobre sus rodillas y sus codos, sin tomarse el trabajo de subir al lecho. Con su mejilla izquierda contra el suelo, elevó sus caderas hacia su amo.

Hugo veía su propio pene enormemente erecto, junto al ano pequeño, rosado y ajustado de Charity, en el centro de sus enormes nalgas negras y relucientes.

Hugo metió su dedo central en el ano y lo revolvió un poco.

Charity seguía en silencio devoto.

Hugo depositó la punta del glande erguido en el centro del círculo anal y luego empujó brutal y bruscamente.

Charity gritó, pero calló enseguida, pensando en Lydia.

El glande penetró entero y erecto, rodeado estrictamente por el anillo ya rojo-violáceo del ano hinchado y doliente, a punto de desgarrarse.

Hugo dió un último empujón hacia adentro, antes de moverse rítmicamente de adelante a atrás, hasta su prolongado orgasmo deleitoso.

Charity seguía siendo algo novedoso.

Charity sollozaba en su dolor, pero en silencio.-

Una vez terminada la nueva violación adúltera, Hugo susurró al oído de Charity:

“Así me gusta verte, completamente rota y entregada”.

“Sí mi Señor”-recitó Charity.-

Hugo se paró, todavía jadeando junto a la cama, y un poco temeroso de verse burlado por su bellísima propiedad.

Hugo no sabía qué hacer para sentirse nuevamente seguro.

Pronto encontró la solución. Volvió a sentarse al borde de la cama y dijo: “Ahora te arrodillas en el suelo y te metes mi tronco en la boca, nuevamente”.

Charity estaba muy reacia, pero lenta y obedientemente, conciente de su destino de esclava, se puso de rodillas, secó con ambas manos, como una niña confundida, las lágrimas de sus propias mejillas, y tomando el escroto de Hugo con su mano izquierda, llevó el pene ya flácido y húmedo de semen sucio a su boca.

Apretando repetida y suavemente, la base del miembro viril con sus carnosos labios, pronto sintió la hombría erguida llenando toda su boca hasta la garganta misma.

Llena de asco, movió su lengua alrededor del glande varias veces, rápidamente.

La nueva erección se volvió pétrea y casi dolorosa. Era muy pronto para repetir el placer.

Pero Hugo ordenó:

“Vuelve a la cama y ábrete bien de piernas”.

Charity obedeció.

---

## 6) Venta de negros y caballos

Charity vivió desde los 15 a los 20 años en la rutina de la opresión. Recordaba vagamente algunos versos de Shakespeare que habían hecho impacto en su espíritu sensible. Alguna vez había encontrado también alivio o escape en la metafísica del maestro Samuel Hoskins.

El maestro Samuel le había hecho amar la resurrección prometida por Jesucristo, que era el fin de los dolores que los seres humanos han diseñado para los seres humanos en este mundo, que es el “Valle de las Lágrimas”.

Pero en algún momento desconocido llegó a renunciar, casi sin saberlo, a toda ilusión, a toda narrativa fantasiosa y, poco a poco las palabras, aún las más hermosas, habían dejado de tener sobre ella el inicial atractivo, hasta que perdieron todo su poder.

El pasado era siempre, en su memoria, mejor que el presente, pero cuando dudaba de suicidarse o no, reconocía que toda la vida conque podía contar residía en el instante inmediato del presente.

Pero el presente mismo ya había dejado de ser un paso entre el ayer y el mañana.

El presente era para Charity la vida misma, la vida real y verdadera independiente de toda memoria y de toda expectativa del futuro.

Se dio cuenta que en el silencio completo de la mente, no había esa tristeza que sólo se perpetúa en las palabras y las imágenes recordadas.

Por eso Charity vivía en el silencio.

Poco hablaba, pero también pensaba muy poco, ya que el pensamiento se sonstiene con palabras y las palabras escondían la vieja e impenetrable tristeza de la humanidad; la vieja tristeza de Charity, la bella joven de 20 años de edad.

Sólo recordaba un versículo del Evangelio de Mateo.

Sólo recordaba que era del capítulo 13 de Mateo: **“Felices son tus ojos, porque ven y felices tus oídos, porque escuchan”...**

Pero lo que realmente le importaba no eran las palabras, sino el hecho real de que sus ojos veían y que sus oídos escuchaban.

Comprendía que cuando estaba en silencio, veía y oía mucho mejor, se sentía mejor...vivía mejor.

Aunque lo que veía y lo que escuchaba no fuera lo bueno.

Un día, siempre en silencio, descubrió que existe un segundo silencio, donde no existe ninguna palabra, ningún mal, ningún miedo y ninguna tristeza.

De pronto se sintió en gran paz, alejada de todo lo que los seres humanos habían transmitido con palabras en un millón de años o más.

El día pasaba para ella en paz, entre baldes de agua sucia, escobas y estropajos, ropa sucia y jabón, agujas, hilo y ropa desgarrada.

Ella conocía ahora el secreto de la paz: abandonar la palabra hablada y aún la palabra que se piensa en silencio, la palabra pequeña que desata todos los nudos del conflicto, del odio y el dolor.

Al fin de la tarde ya tenía las manos arrugadas y doloridas, pero la casa estaba limpia, que era todo lo que parecía desear en su vida el ama Lydia.

Arrodillada, fregando un piso de lozas inglesas, sin ninguna necesidad interna, sin buscar ni recordar nada...llegó la paz verdadera, como un silencio bendito y profundo, dentro del absoluto silencio mismo.

Su mente en paz se movía ahora con toda libertad, y esa libertad resultó de repudiar todo lo que sabía, todo lo que los hombres y las mujeres habían escrito y dicho en cinco mil años.

Había renunciado a todo lo que conocía, en una entrega completa a lo desconocido del silencio.

El éxtasis terminó cuando llegó la vieja y gorda Norah y tuvo que responderle en palabras, regresando al pensamiento.

Norah, su anciana y redonda supervisora negra era la única persona que osaba dirigirle la palabra a Lydia Collins Tredwell.

Y era la única esclava con permiso de Lydia para hacerlo.

Lydia vivía en otro silencio, el silencio para adorar las palabras que los muertos han escrito para los vivos.

Y Lydia, sabia y triste, se daba cuenta que estaba por perder su último interés en la vida; su amor por Hugo.

Norah dijo: “Charity, Lydia quiere que te diga, que el próximo domingo, después de rendirle servicios a Dios y después de la comida del mediodía, habrá venta de esclavos y caballos en la Plaza, entre las calles Granville y Broad, al sur de la calle King. Habrá signos escritos y Lydia quiere que todas las esclavas vayan contigo, bajo mi custodia, para que les leas las palabras y para que vean lo que nos pasará a todas si no mostramos total fidelidad y obediencia a los amos.”

Charity le contestó a Norah: “Esto tenemos después de 5000 años de historia escrita.”

“¿ Qué dices Charity ? Tú debes hablar más alto para mí. Estoy muy vieja y oigo cada día menos.”

Charity aclaró: “ Allí estaremos el domingo, en la venta de negros y caballos. Por nuestras compras y nuestras ventas sabemos la clase de vida que vivimos.”

---

Lydia, Norah y todas las esclavas domésticas llegaron a la venta de esclavos muy temprano, para elegir un buen lugar en las tribunas de madera.

Norah le pidió a Charity que les leyera a todas, las palabras del cartelón impreso, que colgaba a la entrada:

**“Venta de negros y caballos  
en la Plaza Mayor de Edenton  
North Carolina.  
Día domingo del Señor a mediodía.  
Jóvenes negritas de 12 a 18 años  
a 1500 dólares cada una.  
Buenos dientes, sin caries y carnosas .  
Todas bien alimentadas, de manos calientes**

**hacendosas e impuestas a obedecer.**

**No se permite tocar más que tetas y nalgas.**

**No pellizcarlas”.**

Apenas hubieron entrado, pudieron ver a unos cien negros de ambos sexos, todos encadenados y cubiertos, cada uno, con la mitad de una sábana.

No miraban a nadie a los ojos, porque los mercaderes se lo habían prohibido.

Algunos orinaban en un medio tonel de ron, que oficiaba de retrete, pero a la vista de todo el mundo.

Una de las muchachas tenía diarrea y sus piernas estaban cubiertas de heces. Tiritaba de fiebre, mientras un posible comprador le estrujaba los pezones.

Ofreció cien dólares por ella y su oferta fue rápidamente aceptada en secreto.

La diarrea con fiebre era frecuentemente mortal.

Zumbaban las moscas y predominaba el olor a estiércol que venía desde más lejos, donde se vendían los caballos.

Puntualmente comenzaron los gritos del mercader:

“Gran subasta de esclavos. Tengo, señores, cuatro niños de 8 a 12 años de edad. Los cuatro se venden a sólo 1500 dólares. ¿ Quién da más ?”

Hugo gritó: “1600”.

“Vendidos”-gritó el mercader, mostrando su gran resolución a vender en poco tiempo.

La madre de los niños le preguntó a Hugo a dónde irían a parar los pobrecitos.

Hugo contestó entre carcajadas: “¿ A dónde pueden ir cuatro demonios, sino al mismo infierno ?”

La madre negra gemía desesperadamente entre sollozos: “¿ Dónde estarán, dónde estarán ?”

El Sr. Knox, dueño de una de las grandes plantaciones de la zona, trajo tres ancianitas negras, desdentadas y muy delgadas y le pidió

al mercader que las ofreciera a 10 dólares cada una. El mercader se rehusó a hacerlo.

Las ancianitas quedaron solas, mendigando.

Pronto el mercader le pidió a Knox que sacara esa “basura humana” del camino.

Las jóvenes se vendieron rápido a 1800 dólares cada una.

Ese era el precio de una casa nueva de 4 habitaciones en 1816.

Un viejo de cabello gris y despeinado, con los dientes colgando de las encías, jadeando de cansancio, llevaba a una de las muchachas, arrastrándola, casi, con una cadena fija a una argolla de hierro, alrededor del cuello. La argolla era demasiado grande para la muchacha. Ella ya tenía la piel erosionada y sangrienta, por los tironeos brutales y el roce circular del hierro sobre el delicado cuello púber...

El viejo le gritó a un amigo, que iba en dirección opuesta, para comprar caballos:

“Mira a mi nueva negrita. Le voy a enseñar modales y le voy a romper el trasero.. .

**Le voy a sacar cinco esclavos más en cuatro años.”**

“No”-le contestó el amigo al viejo, entre carcajadas-

“Lo que harás es perder tus últimos cuatro dientes cuando le chupes el culo.”

Una esclava compró a su hijo de 18 años por 800 dólares.

Este inmediatamente partió hacia la legendaria ciudad de Saint Louis-Missouri, con los papeles de su liberación legal.

En esa época se rumoreaba que Missouri quería ser miembro de la Unión Americana del Norte (Los Estados Unidos de América).

Cuatro años después, efectivamente, se permitió la incorporación de los Estados de Maine (sin esclavos) y de Missouri (con esclavos), gracias al infame Missouri Compromise (Compromiso de Missouri) firmado por el Presidente James Monroe.-

El joven recién liberado por su madre, sin embargo, presa de la ilusión más excitante, se fue gritando que se iba a la Tierra Prometida de la Libertad.

---

Terminada la subasta de esclavos en menos de dos horas, entre los llantos de las madres, las esposas y los niños que perdían a sus seres queridos, continuaba la subasta de caballos, recién llegados del puerto de Accra, en Africa.

Charity pasó junto a dos negros que acababan de cambiar de amo, encadenados el uno al otro y escuchó esta conversación entre ellos: “Tú estás mas limpio y más gordo que yo, Tobías”...

“Así es, Abner, tú estás muy flaco y muy percutido. Debe hacer mucho tiempo que no te bañas y que no comes bien”...

“Soy un esclavo alquilado en la plantación de los Knox. Somos los que hacemos los trabajos más pesados. Para Octubre, Knox nos regresa a nuestro dueño, pero con suerte de estar vivos.

Knox tiene la plantación más grande de North Carolina, y dicen que la más cruel, más cruel que la de Auburn. Allí no se piensa más que en producir y producir. Pesan las libras de algodón que has cosechado en el día, y si no son las que ellos quieren, pues te dejan sin cena. Yo no sé qué es una cena desde hace varias semanas.”

“Los Knox son malos amos, Abner.”

Estimulado por la súbita e inesperada solidaridad de Tobías, continuó Abner:

“Te dicen que si tienes piojos o garrapatas es por ser un negro malo, haragán y fornicador. No es porque no te den tiempo para ir al río a bañarte. Hace ya unos meses me lastimé el pie izquierdo y pronto se me llenó de gusanitos la herida. Me dijeron que esos eran los demonios del infierno que me perseguían y que querían devorarme.

Por suerte, como una rara gracia del cielo, nos llevaron al río y con un solo baño desaparecieron mis gusanitos. Parece que el río Yeopin trae agua bendita.

Un tío mío tuvo menos suerte, ya que se le gangrenó una herida del pie y tuvo una muerte lenta y terrible por la sangre podrida que traía.”

¿ Y cómo fue que se lastimó tu tío ?-preguntó Tobías.

“Una vez le contestó mal al capataz y éste lo obligó a caminar descalzo en la nieve. Tenía una herida anterior casi curada, pero se le abrió nuevamente ese día. En tres días ya había muerto por la gangrena.”

“Bueno, parece que todas estas desgracias de la esclavitud van a terminar.El Estado de Missouri quiere entrar a la Unión y no podrá hacerlo, a menos que hagan ilegal la esclavitud.”

“Ay, Tobías, no seas inocente. Si declaran ilegal a la esclavitud, los esclavistas de Missouri se unirán con todos los esclavistas del Sur para iniciar una guerra contra los yanquis federales de la ciudad de Washington.

El Gobierno de Washington no quiere una guerra así en 1816. Es imposible que ocurra una guerra como esa, ya que morirían cientos de personas, con los nuevos fusiles que han salido.”

Norah llamó a Charity, que escuchaba paralizada por el interés y el horror.

El mundo era inmenso más allá de su tragedia personal, más allá de su pequeño dormitorio de fornicación adúltera y de la mansión de los Collins-Tredwell, su prisión.

Charity se unió a Norah y a las otras esclavas dando gracias a Dios por no vivir una vida peor a la que vivía, una vida sin hambre, sin gangrenas, sin gusanos en las heridas y sin guerras entre esclavistas y liberacionistas.

---

## 7)- La cena.-

Corría el mes de Agosto de 1821.

Charity ya tenía 23 años. Aún lucía como de 15, como pasa con las mujeres sanas de color.

James Collins, viudo de Dorothea, había invitado a los íntimos a una cena informal, para presentar a su novia Susana.

Susana, de 13 años de edad, se hacía pasar por una dama de 15, asistida en la mentira por sus voluptuosas redondeces precoces y

por su deseo de ser una dama sureña hecha y derecha, algo que no podía ser sin casamiento y sin hijos.

Si hubiera dicho que tenía 18 años, todos le hubiesen creído.

Además necesitaba mentir sobre sus años, ya que Sussanna, su hijastra, del mismo nombre, aunque escrito con dos enes y dos eses, ya tenía doce años de edad y hablaba francés en las fiestas de gala, a las que James era invitado por el Gobernador.

James había procurado olvidar a Dorothea, cuando, después de conocer a varias damitas de Edenton, se había convencido que no habría otra Dorothea.

James adivinaba juiciosamente, que su desesperación por el luto podría llevarlo al suicidio.

A la mesa, presidida por James, se sentaban Susana a su izquierda, y frente a ella Hugo Tredwell, ya un cincuentón que comenzaba a mostrar sus años y un robusto vientre abultado por la gula y por el reposo constante.

El pastor Eliah Sawyer callaba, mientras examinaba detenidamente los entremeses: jamón de cerdo, una fuente con mantequilla flava, muffins al estilo londinense, salmón de Canadá ahumado y queso fresco manufacturado en la misma plantación.

Elijah cuidaba sus palabras, sabiendo que una palabra evangélica demás podía significar un feligrés de menos, con todos sus esclavos.

Esto era cierto, sobre todo, en temas como la esclavitud, la política externa del Presidente James Monroe (demasiado pro-inglesa) y la reciente entrada a la Unión del Estado de Missouri, con sus esclavistas. Eliah no participaba en conversación alguna que incluyera estos temas controversiales en 1821.

Lydia, envejecida pero digna, sentada frente al pastor que no se atrevía a ser su aliado, después que ella le confesara su dilema matrimonial, por la relación entre Hugo y Charity, sólo miraba su propia falda.

Se aislaba en una interminable oración cristiana, que la insensibilizaba frente a la dura realidad, oración que susurraba, para no gritar los secretos dolorosos de su corazón.

Lydia comprendía que para una mujer frustrada y llena de culpa, como ella, no había mejor arma que el silencio hostil.

Después de todo, no es difícil odiar y callar al mismo tiempo.

Quizá un consejo insoportable, de vez en cuando, puede hacer enloquecer de rabia a la persona odiada.

¡ Y qué hermoso era ver que Hugo se volviera un energúmeno de hostilidad y gritos incontrolables, con tan sólo deslizar una palabrita llena de odio en un simple diálogo cotidiano !

“Ya que te las das de tan Señor, cuida tu apariencia, que pareces un cerdo.”

Esa era una frase favorita de Lydia, sobre todo porque Hugo podía mantener la calma por muy poco tiempo, después de esa frase mágica.

Lydia recordaba esto para que se le abriera el apetito antes de la cena. Poco apetito sentía, llena como estaba de odio por Hugo.

Al final de la mesa, cubierta con un mantel de encaje, del mejor hilo inglés blanco, conversaban el Dr. Allison (médico de la familia), cuyo primer nombre había sucumbido al respeto de sus pacientes, y el maestro Samuel Hoskins.-

“Subirá el precio del algodón, Hoskins. Aumenta la demanda en Londres. Eso significa que podemos hablar con Hugo sobre un aumento de nuestros sueldos. Ayer mismo tuve que asistir a 15 esclavos de Hugo.”

El maestro dijo: “Los señores James y Hugo, podrán hacer las renovaciones en sus mansiones.”

Hugo recorría, con una mirada indiscreta, las curvas pectorales de Susana, mostradas generosamente, ubicada frente a sí.

Hugo pensaba en su esclava Charity, quien era la mujer más hermosa que él hubiera conocido en su vida entera.

Hugo pensaba que esa negra había llegado a ser lo más importante de su vida.

Miró a su esposa, al otro lado de la mesa, con oculto disgusto.

Deseaba que Lydia estuviera muerta, para poder competir con James, en las cenas de gala, con una novia joven y sensual, que conociera poco de la Biblia y que hablara de ella todavía menos.

Hugo se sobresaltó cuando James hizo sonar la resplandeciente campanilla de plata recién pulida por Charity y pronto aparecieron dos esclavos con sendas fuentes de pollo al horno con papas y mazorcas de maíz.

Una vez servidos los comensales, James pidió el vino Cabernet de Nueva Orleans, para brindar entre los entremeses y la comida.

“Brindo-dijo enarbolando su copa llena- por el ascenso del precio del algodón y por la salud de mis caballos y mis esclavos, así como por la salud de todos los aquí presentes.”

“Amén”-dijo Eliah Sawyer, bebiendo apresuradamente toda la copa de un sorbo y presentándola vacía nuevamente al esclavo que sostenía la botella de vino.

En la otra mano sostenía un muffin cubierto de queso y jamón, bañado de mantequilla, remontando sobre el pollo y las papas doradas en su plato.-

“Construiré un ala al Oriente con un inmenso Den, para observar las puestas de sol y los amaneceres, tras ventanales franceses, tan grandes como las paredes.”-James miró a Susana con la copa de vino junto a su rostro y una sonrisa sincera.

Lydia, mortalmente seria, con el ceño y el corazón fruncidos, fue la primera en comenzar a comer su pollo, ignorando la copa llena de vino.

El maestro Samuel cubría con abundante mantequilla flava cada una de sus papas doradas, con exagerada y minuciosa prolijidad.

El Dr. Allison dijo: “Hugo, quiero comprarte a Charity, esa negra doméstica que parece un angel del infierno, para enseñarle enfermería y que me ayude en las consultas.”

Hugo empalideció de rabia, a sabiendas que Allison había infringido las reglas tácitas de mantener el público secreto de su relación adúltera con Charity. Su rabia era sobre todo moderada por la mirada escalofriante de Lydia.

Hugo replicó, fingiendo apenas la calma:

“Charity no está a la venta, es de gran ayuda para Lydia”.

Lydia se las arregló para fingir magistralmente su indiferencia. Con un gozo secreto que hacía muchos años que no conocía, dijo lentamente, casi masticando las palabras:

“Cualquiera puede hacer lo que hace Charity.”

Hubo un largo silencio tenso que ingenuamente rompió Susana:

“En el Den quiero un gatito de angora, para jugar con él y además una mesa inglesa de billar, para invitar a mis amiguitas a tomar el té.”

James respondió con gran entusiasmo: “ Eso y mucho más voy a darte, muchachita. La misma Reina de Francia llegará a envidiarte.”

Samuel Hoskins se sacudió casi epilépticamente y dijo con gran rapidez, como quien lava una mancha de sangre indeseable:

“Hace más de 30 años que Francia no tiene Reina.”

James se ruborizó, culpable por su ignorancia.

Susana, ensayando la habilidad que necesitaba como Señora en la escena de gala de North Carolina, frunció sus labios imitando un beso, mirando cálidamente a James, como si no hubiera nadie más en el comedor y con delicada y espontánea voluptuosidad, entrecerró los ojos a la manera sureña, como una promesa misteriosa y secreta.

La culpa de James se disolvió en las cosquillas excitantes de sus ingles.

---

El segundo plato fue un inmenso pastel de carne rodeado por 20 huevos fritos.

Se notaba la ausencia del toque francés, con el que Dorothea solía rematar los platos que salían de su cocina.

Todos sabían que Lydia no comía huevos, lo que hizo que hubiera tres huevos fritos por comensal.

Hugo se comió cinco, para equilibrar las matemáticas con el pastel de carne.

Entre bocado y bocado se formaron espontáneamente tres grupos de diálogo.

A un extremo, el Dr. Allison susurraba comentarios entre carcajadas, con el maestro y el pastor.

“ Ya vieron la cara de Hugo cuando tuvo que defender a su Charity.

El hombre tocó la desesperación por unos momentos.”

Los tres hombres rieron aún más.

James y Susana hacían planes sobre su Den a viva voz.

Sólo Hugo y Lidia guardaban silencio, prisioneros del oscuro drama del adulterio y la mutua hostilidad, de los cuales nadie osaba hablar francamente.

Masticaban solemnemente con intermitentes miradas frías, que quizá ocultaban el odio mutuo, inconcientemente elaborado en una mentira que había perdido su precioso secreto y que ahora todos compartían.

El Dr. Allison llevó la conversación a la política:

“Se dice que John Quincy Adams quiere ser Presidente en 1825.

Se dice que quiere liberar a los esclavos, aboliendo la esclavitud en Missouri primero y luego en todos los otros Estados.

Luego haría que los negros puedan votar, y con eso se llevará la Presidencia del 25.”

Elijah miraba el rojo vino de su copa. Contuvo su poderoso impulso de dar una opinión personal.

El maestro Samuel respondió vivazmente;

“Dr. Allison, usted debe restringirse a la práctica de la medicina.

No comprende que todo lo que dice es imposible.

Los esclavistas en este país son incontables, aún en el Norte, y no tardarían en unirse contra el Gobierno Federal, en una Guerra

prolongada que podría durar 30 o 60 días, con más de 2000 muertos.

Contando a los negros, que pelearían con el Gobierno Federal, los muertos llegarían quizá a 5000.

Tal cosa es imposible en 1821.

Inglaterra, o quizá Francia, aprovecharían el caos para transformarnos de nuevo en una Colonia Europea.”

Allison, adormecido por el vino, dijo:

“Me alivian sus palabras, maestro Samuel.

Me alegra que haya gente de sano juicio como Usted, en este gran país. Reconozco que tal Guerra es imposible.”

Los tres bebieron alegremente, simultáneamente, de un solo sorbo, el resto de vino que quedaba en sus copas, como signo de aprobación al maestro y acuerdo varonil.”

---

## 8)-Abelard

Norah llegaba a su cabaña mucho después de la caída del sol y muy cansada.

Arrastraba los pies, pero sin admitir que ya era una anciana, que su cuello le dolía diariamente, que sus caderas y sus rodillas apenas le eran buenas para pararse cuando estaba sentada.

Por eso evitaba sentarse en público. Por un lado no estaba bien pasar por haragana ante los esclavistas y por el otro convenía evitar las burlas crueles de los esclavos, quienes siempre necesitaban de alguien que tuviera menos poder que ellos para reír a su costa.

El día había comenzado para Norah antes que para nadie en toda la plantación.

Iba desde su cabaña a la mansión sin percatarse de las innumerables maravillas de la mañana, del sol suave, de la inmensidad celeste, de la brisa meciendo las copas de los árboles, de los perros y los pájaros expresándose con energía y sin poder

detenerse, en una canción de ladridos y trinos que Norah ignoraba, llena de pensamientos, que le impedían escuchar.

A las cinco de la mañana ya estaba en la inmensa cocina de los Collins-Tredwell, después de lavarse las manos con jabón, supervisando con palabras y ademanes majestuosos, la preparación del abundante desayuno para las familias de los Señores y para 46 esclavos domésticos.

Ese mismo día, en la tarde, había hablado para los esclavos el pastor Eliah, allí mismo, en la inmensa cocina de 12 hornos de hierro, recordándoles su miserable condición, sus culpas de pecadores crónicos y su deber de trabajar más y mejor para el amo. Pero Norah se consideraba muy especial, demasiado virtuosa, y no era capaz de encontrar la necesidad y el tiempo suficiente para escuchar los sermones pastorales.

A pesar de su despreciado color y de su condición de esclava, su función de supervisora-capataz de esclavos y alcahueta de la Señora Lydia (a quien los esclavos llamaban en secreto “la tumba sin inquilino”) parecían hacerle olvidar su miserable destino de operar sólo bajo comando de otros, incapaz de decidir sobre un solo momento de su vida ni de predecir sus propios movimientos.

Su placer era amedrentar y encolerizar a los esclavos, o bien entristecerlos cuando los veía apenas un poco alegres.

La advertencia preferida que Norah usaba para controlar a los supervisados, era la de enviarlos a la plantación.

Todos temían el trabajo de sol a sol en la humedad caliente y refulgente, con las súbitas hemorragias nasales que duraban horas, bajo el sol implacable de los largos mediodías del verano y las brisas mordientes del invierno, en los dos extremos del día, acompañadas por la tos interminable de esa pequeña multitud de esclavos.

El abuelo Abelard vivía con la abuela Catherine, pero era un hombre, que a la edad de 75 años se jactaba de poder complacer íntimamente a mujeres de cualquier edad.

Norah era la única esclava que gozaba el excepcional y hasta increíble privilegio de vivir sola en una cabaña.

A cambio de eso, los amos esperaban que ella tuviera una lista secreta de acusados de haraganería, fornicación, inutilidad (por estar enfermo) o rebeldía contra la ley del más fuerte y del más adinerado.

Cuando nadie cabía en esos criterios crueles, Norah no tenía empacho en introducir un par de nombres que le llegaban a su frágil memoria. Más de un obediente y duro trabajador había contribuido

sin saberlo a esa lista infame de Norah.

Todas las otras candidatas a la amistad del viejo Abelard vivían en pequeñas cabañas de una sola habitación.

Estas vivían con 10 ó 12 niños y uno ó dos hombres, que eran o no padres de alguno de ellos.-

La vida de los varones esclavos no duraba más que unos 40 años, en el mejor de los casos.

Las mujeres, según su suerte, su inteligencia o su belleza, después de los cuarenta vivían con uno o dos hombres más jóvenes.

Muchas se pasaban toda la segunda mitad de su vida alabando a la soledad, para aliviar la vergüenza y el miedo de vivir solas.

La vida de Abelardo, en los ratos libres, era buscar complacer a sus mujeres. Los esposos, concubinos y amigos íntimos de estas mujeres, relajaban su vigilancia frente a este anciano canoso, artrítico y miope, que caminaba rígidamente y un poco curvado.

Esto hacía más fácil la empresa que Abelard había elegido.

En los días más benditos copulaba con una esclava en la mañana y con otra al atardecer.

Esta era, invariablemente, una actividad ejercida a la intemperie, detrás de algún arbusto compasivo o en las sombras de alguna cabaña vacía, que esperaba que terminara el día de trabajo para llenarse de gente.

Esta era, invariablemente para Abelard, una actividad muy placentera, pero realizada a las apuradas, para que ningún esclavo viera lo que pasaba entre ese viejito chocho y sus mujeres.

Después de todo, no había esclavo que no fuera feligrés del pastor Elish y candidato a las virtudes que Hugo alababa.

Norah era unos cinco años más joven que Abelard.

Cuando éste llegó a la cabaña de ella, estaba recostada en su viejo catre, repasando con placer morboso los nombres de aquellos esclavos a quienes acosaría implacablemente al día siguiente, con una amplia variedad de regaños, amenazas y advertencias, que, no por pequeñas, eran menos eficaces en romperles los nervios a sus destinatarios.

El gozo más profundo que le quedaba a Norah, después de la anestesia de sus genitales, consecuencia de una ya remota menopausia, consistía en usar el privilegio máximo que le habían otorgado sus patrones Lydia y Hugo: castigar a algún doméstico enviándolo a la plantación, preferiblemente de una manera pública y espectacular, para sentar precedentes, humillaciones y terrores.

Además elegía con el capataz, un esclavo de buen comportamiento en la plantación, para ascender al rango de doméstico.

Esto sentaba el precedente de que había una zanahoria para hacer andar a mil burros, como si fuera una lotería.

Con estas fantasías de monarca, se dormía Norah con mucho gusto. Abelard entró a la cabaña como si fuera la suya y se dirigió sin dilaciones al camastro de Norah.

Ella le advirtió, sabiamente, antes de que él hablara, que había sido un día muy duro y que sólo quería dialogar.

Abelard era muy bueno para comprender el lenguaje de las viejas frías y amargadas, y era todavía mejor con las palabras.

Es que había sido uno de los favoritos de Dorothea, en la época de oro de esa plantación. Dorothea lo invitaba con frecuencia a las clases que impartía Samuel Hoskins para sus dos hijitas.

Antes de morir, Dorothea se apiadó de la edad de Abelard, y le había reducido a la mitad las horas de trabajo.

Abelard se había ocupado de duplicar su actividad sexual y de hacerla más promiscua.

Se decía, en los corrillos de chismes de los esclavos, a la hora de la comida, que hasta el ama Lydia había cedido toda su femineidad a él.

Pero no es posible fiarse de las personas sin libertad, quienes elaboran narrativas fantasiosas de todo tipo para escapar de sus miserias y dolores cotidianos, y para darse, en esas historias fabulosas, una importancia de la que carecían en toda otra circunstancia.

Por otra parte, Abelard era ya un viejo zorro con muchas mañas aprendidas en las tribulaciones de su esclavitud y contaba con los favores y lecciones de muchas mujeres.

No iba a arriesgar su vida por un momento de placer prohibido.

Por sólo contestar mal a un ama, muchos compañeros de Abelard habían perdido su vida.

Eso persistía en la memoria del viejo, aunque él hubiera preferido olvidar todo.

Abelard preguntó, fingiendo respeto: “¿ De qué quieres hablar Norah ?”

Norah le dijo: “Háblame de nuestra libertad, de cuando nos vayamos a vivir a Nueva York, como personas liberadas.”

Abelard revoleó los ojos, húmedos con una nueva fantasía placentera y comenzó a hablar en alta voz, pero como en un delirio febril, apenas conciente.

Estas narrativas, por las que era bien conocido, en realidad le daban más placer que el mismo sexo.

“Apenas lleguemos a Nueva York iremos a ver al Rey de América.”

Norah corrigió muy molesta: “Iremos a ver al Presidente de América, pero en Washington D.C..”

Abelard encontró algo rápidamente, en el rico cofre de su memoria mentirosa, ya que él no era hombre para ser corregido por una mujer esclava.

“Visitaremos al Presidente de América, pero sólo después de que hayamos visitado al Rey, como Dios manda, y quien es mucho más que el Presidente y quien tiene muchas más gallinas que el Presidente.”

Abelard no pudo detenerse allí.

“Además el Presidente tiene sólo dos esposas y 15 concubinas, pero el rey de América tiene 4 esposas, como Moisés, el de la Biblia, y unas 50 concubinas blancas y negras.”

Ahora se regodeaba en su propio relato y se entusiasmaba con su absurda fantasía.

“El Presidente recibe a los libertos como nosotros los días miércoles a las 7 de la tarde. Después de felicitarlos cena con ellos: mazorcas de maíz con papas doradas y mantequilla y luego mucho tocino con pan de grasa caliente y huevos fritos.”

“¿ Tienes hambre ?”-preguntó Norah, quien no había perdido el tiempo en hacerse zorra y masculinoide para poder sobrevivir, completamente vulnerable, con su triste destino de esclava.

“Sí”-dijo Abelard- “Pero déjame terminar”-Su amor por la imaginación superaba hasta el instinto del hambre.

Continuó, bastante excitado su historia de Nueva York.

“Te decía que el miércoles visitaremos al Presidente, quien nunca se saca el sombrero de Washington, sombrero que heredó del mismo George Washington, y que usan todos los Presidentes como una corona. El Presidente, después de cenar opíparamente con nosotros, me invitará a dormir con dos de sus concubinas negras, que son las que tiene para las visitas”...

“Ya deja de soñar, viejito”-gruñó Norah, mientras se apartaba las moscas de la cara con un nervioso manoteo de fastidio.

“¿ Qué quieres comer ?”

“¿ Tienes mazorcas de maíz con papas y mantequilla ? ”-preguntó Abelard agrandando aún más sus inmensos ojos rodeados de arrugas, formadas en décadas de trabajo al sol.

“Sí”-dijo secamente Norah, quien no se esforzaba por ocultar su cansancio.

Abelard continuó la historia, ahora apurándose, con el temor de que Norah, ya aburrída, le diera fin.

“El Presidente, para esa fecha lejána, ya le habrá dado el derecho a votar a todos los negros y entonces querrá hacernos sentir muy bien.

Me va a regalar un revolver como el que porta Hugo Tredwell, oculto bajo la chaqueta, uno de esos nuevos, de 1820, que disparan balas a repetición.

A tí te va a regalar un costurero francés con agujas de plata.

Nos iremos a nuestra nueva casa con una gallina muerta y pelada en cada mano, también regalo del Presidente Monroe.”

Norah volvió a corregir: “Ya no estará Monroe, habrá otro tan endemoniado como él.”

Abelard ignoró esas palabras.

“Las esclavas nos acompañarán a la casa para ayudarnos a llevar tu costurero, mi revolver y unas cuantas botellas de Cabernet.”

Norah se detuvo en el acto de cocinar.

“Mírate nomás, viejito loco. ¿ Tú no sabes, acaso, que muy pronto los gusanos de la muerte te comerán el pene, allí a varios metros bajo el suelo ?”

**“Tienes que aprovecharlo, antes que eso ocurra”**-gritó, muy convencido, Abelard.

“Ven y sírvete un poco de agua con pan caliente y mantequilla, así humedeces tu boca seca como la de un loro, de tanto hablar sandeces. Y ya cállate, por favor, que no soporto más tu cuento.”

Norah no podía escapar hacia la fantasía tan fácilmente como Abelard. El contraste, entre la inventada fábula de libertad y la realidad horrible de la esclavitud, era para ella desesperante.

Por eso, castigaba más de la cuenta, con sus duras palabras, al pobre Abelard.

A la luz de una sola vela, comieron en silencio los dos ancianos cansados, mirando las sombras temblorosas de si mismos, contra las paredes de madera húmeda.

Las sombras parecían haber regresado a la vida, desde la muerte, pero con dudas espectrales de quedarse y con ansias de regresar.

### **9)- Por el bien de nuestras almas.**

Agosto 20 de 1823.

Era la víspera del cumpleaños de Charity. Ya tenía 25 años, como la nueva nación de la que no podía sentirse ciudadana.

La nueva nación no había abandonado las costumbres e instituciones de la vieja colonia inglesa, ni siquiera la infame institución de la esclavitud.

Se decía que la nueva nación había nacido de una revolución, pero eso era verdad solamente en el adorable reino de las palabras, un reino más poderoso que cualquier nación y que cualquier verdad.

Charity no recuerda la fecha.

Ha roto los lazos con el tiempo y vive el presente que no piensa en el mañana ni en el ayer.

Charity sentía que se había transformado radicalmente, una vez que había roto con el pasado, después de olvidar las palabras, que rara vez necesitaba, entre personas que no escuchaban otra cosa que su

propio monólogo permanente.

Su bella infancia, que tanto contrastaba con la vida que debía seguir, le había exigido la renuncia a las palabras, para no enloquecer con la comparación.

La diaria violación de Hugo le gritaba desde su propia piel que no podía anticiparla ni recordarla, si deseaba mantener la sensatez y la inteligencia.

La ausencia de un futuro deseable, de un futuro libre, la había obligado a prestar atención a este instante presente, pero sin el mañana doloroso y sin el más allá de la fantasía imaginativa.

Vivía en el orden, solamente aparente, de los horarios obligatorios y de las acciones dirigidas por otros.

Su trabajo mismo era sólo para beneficiar a otros, los mismos que la dejaban sin su libertad.

Había renunciado hasta a la esperanza para poder escuchar plenamente todos los sonidos del momento inmediato, esos sonidos que cuando se volvían un solo sonido, todos al mismo tiempo, la hacían sentir en paz y contenta por nada.

No quería poner orden en el desorden. Simplemente intentaba, sin esfuerzo, terminar con el desorden en su propia vida.

No quería poner desorden rebelde en el desorden que la rodeaba, porque su simple, pero suprema inteligencia le decía que así sólo se duplica y se perpetúa el desorden.

En su contento por nada se sentía iluminada, pero no buscaba una iluminación permanente en el futuro, lo cual es sólo una fantasía más.

A veces pensaba en la muerte, como su única liberación, pero entonces más sentía que tenía que mantenerse verdaderamente VIVA hasta el momento mismo de la muerte.

Esa era toda su virtud, y no la virtud de los sermones del pastor Eliah, quien era más servil a los amos que un servidor de Dios.

Los que soñaban con la virtud del más allá no sentían la urgencia de ser felices ahora mismo, en la más profunda paz.

Lydia le parecía a Charity una de esas personas, que sacrifican por la paz futura, la paz del presente.

Por eso Charity había dejado de ir a las ceremonias y los ritos de la Iglesia, y prefería caminar al sol, los domingos por la mañana, cuando estaba segura de estar libre de Norah, de Hugo y de Lydia. En la vida de la bella Charity no había belleza, porque no había espejos.

Cuando lavaba los pisos, arrodillada, se miraba en el agua.

Pero más le gustaba mirar la profundidad del piso mojado, que llegaba, abajo, hasta el techo .

En su vida no había grandes alegrías, ni la alegría cotidiana por nada (por vivir bien).

Ni siquiera existía la esperanza de la alegría.

Había una sola persona que la comprendía. Esa persona era Lydia. Lydia piensa en Charity cuando se mira largamente al espejo.

¿ Por qué Dios le dio tanta gracia y belleza a Charity ?

¿ Por qué Lydia no sabe atraer ni complacer a su marido Hugo ?

Lydia aprendió a fingir el sueño y aún a roncar suavemente, pero todavía despierta.

Así engaña a Hugo cada noche, para que él corra pronto al cuarto de Charity.

Luego es Lydia la que va al cuarto de Charity para escuchar, desde fuera, con el oído pegado a la puerta, los gemidos de dolor de Charity y el jadeo apasionado y ferviente de Hugo.

Lydia sabe que éste es el único momento de pasión, en todo el largo día, para ella misma.

Por años, estos momentos de envidioso espionaje cotidiano, han sido el principal motivo de su existencia.

Cuando Hugo llega a su convulsivo orgasmo, su único instante de paz y silencio mental, sin pensamiento ni palabra interna alguna, violando por el ano el cuerpo exquisito de Charity, lamiendo temblorosamente los labios angustiados de ella, oprimiendo la cabeza de ella con ambas manos, entonces Lydia regresa furtivamente a su lecho matrimonial vacío.

Lydia, con el corazón agitado por el apuro, el secreto y perverso placer y su vergüenza ante Dios, reza en silencio, con los ojos cerrados, por si acaso Hugo decidiera no postergar el regreso.

Pero ésta es una ingenua esperanza, ya que él se ha quedado en el camastro de Charity, simplemente mirando el rostro angelical de la mujer que se hace niña cuando escucha todo en el presente, cuando siente el dolor entre las nalgas y profundamente en la pelvis.

Hugo recorre con sus ojos satisfechos toda la espalda sudorosa, las nalgas que resplandecen en la feliz obscuridad, el seno tibio que se asoma bajo el brazo rendido, los hombros blandos venusinos, los muslos gruesos pero firmes, como dibujados por su propia mano, que los recorre, insaciable.-

Lydia reza, amando sus palabras: “Dios mío, en nombre de Jesucristo, dame fuerzas para sacar a mi esposo del adulterio y atraerlo a mi regazo envejecido. Dame fuerzas para ver sin llorar mi rostro arrugado en el espejo y mis canas cada día más abundantes. Dame amor e inteligencia para vencer la envidia que siento por mi esclava Charity y energía para seguir callando, o para decir solamente la palabra justa y adecuada a mi desgraciada tribulación diaria.”

Hugo cerraba, al irse, lenta y resignadamente, la puerta de la habitación de Charity.

No quería perturbar a su esposa porque no quería verla ni escucharla.

Sus pensamientos volvían a moverse aceleradamente, sobre todo después de la cúspide nocturna de placer con ese regalo de Dios, ese ángel caído, que era Charity.

Pensaba que el algodón se vendía más y mejor en Francia e Inglaterra.

Se miraba al espejo, ignorando su obesidad, concentrándose en el rostro seguro del hombre próspero y potente.

Había olvidado que existe la muerte y se deleitaba haciendo planes comerciales, o con la perspectiva de encontrar a Charity en su cama, a la noche siguiente, siempre cautiva, obediente y vulnerable.-

Hugo ya sabía que Charity estaba siempre presente en sus propios pensamientos y que era su imagen favorita.

Toda su vida de fantasía (y no había para él otra vida), era con Charity.

Lydia había pasado a transformarse en una sombra triste y remota, en la experiencia de Hugo.

La miró fugazmente y con cierto asco, mientras se deslizaba lentamente en su cama matrimonial.

Apenas apoyó su cabeza en la almohada lo sorprendió la voz de Lydia.

Ella dijo solamente: “Hugo”...

Por un instante, Hugo imaginó, aterrado, que una lechuza pronunciaba su nombre en la obscuridad de la habitación.

Hugo no podía contestar.

“Hugo”...

Hugo continuó ignorando el susurro dolorido y casi afónico que parecía el preludeo de un sollozo.

Volvió a escuchar a pesar suyo; “Hugo”...

Su nombre era ya un sonido fantasmal que lo horrorizaba en la medianoche.

“Me hablas, Lydia”...

“Si, Hugo, quiero hablar contigo”...

“Es muy tarde, amor mío, dejémoslo para mañana.”

“Es que hace ya diez años que lo estoy dejando para mañana.”

Lydia secó una lágrima discretamente con la mano.

“Ya no quiero postergar más esta necesaria conversación.”

Hugo presintió algo terrible y macabro.

Lydia nunca se expresaba con tantas palabras a la vez.

El sueño se le había espantado, se sentía paralizado, con todo el cuerpo rígido e inmóvil bajo la sábana, mudo a pesar de sí mismo, presa del pánico.

Lydia sacó de debajo de la almohada un paquete de billetes de dólar. Dijo:

“Aquí hay 4.000 dólares que he ahorrado penosamente en estos últimos 10 años. 2.000 son para tí, para comprar la liberación legal de Charity Collins, creo que su precio real en el mercado no llega a los 2.000 dólares.

No te he dicho nada de este plan mío de liberar a Charity en el día de su cumpleaños, que es mañana mismo, porque como tu esposa y cristiana que soy, quise seguir el evangelio apostólico, que me exige sometimiento a tu autoridad de esposo.

Pero mi marido está perdiendo su alma en el adulterio, como tú y yo lo sabemos, desde hace 10 años, y su persona pública pierde brillo por la tentación de deleitarse con una pobre esclava. He decidido comprar la liberación de Charity, no pensando en mí, ni en mi miserable vida, ni siquiera pensando en Charity misma, sino preocupada por la salvación de tu alma.”

“De mi alma debo ocuparme yo mismo.”-Dijo Hugo con un susurro brusco.

“Y tu esposa, Hugo, también tu esposa. Déjame al menos la satisfacción de cumplir con un resto de mi deber.”

“Lo que haces nos hará más pobres y no más ricos”-sentenció Hugo.

“No me has preguntado lo que haré con la otra mitad de los 4.000 dólares.”

Hugo temía seguir escuchando a Lydia. Por eso permanecía en silencio, ansioso por decir algo, pero sin saber qué.-

Sentía que había entrado una daga, perforando su pecho y de pronto confirmó lo que sabía sólo a medias. Todo su contento, toda su satisfacción en la vida provenía de Charity Collins.

Sin ella, su propia vida de hombre poderoso y arrogante, iba a volverse miserable, fría y solitaria.

Aún cuando se había sentido en la cumbre del contento, que es el contento por nada, era porque se engañaba, ignorando la causa real de su contento: Charity.-

“Necesitamos a Charity”-pudo decir Hugo con voz muy ronca.

“Tú crees necesitar a Charity, Hugo, y esa es la perdición de tu alma, la tragedia de tu matrimonio, y el fin de tu dignidad como hombre.

Los otros 2.000 dólares son para Charity, para que rehaga su vida en Nueva York, como persona libre, muy lejos de ti, para que todo esto te sea más fácil.”

Hugo, acostado y aferrado a la sábana, se sintió perdido y vencido. Ahora tenía solamente lo que menos conocía y entendía: a Hugo. Nunca había aprendido a conversar consigo mismo ni con Lydia. Ahora, en esta obscura medianoche, obligadamente junto a ella, con el corazón aparentemente congelado, se sentía un ser sin valor alguno, sumergido en la tristeza, sin ningún futuro deseable. Lydia comprendía la inercia siniestra de su marido y por primera vez en mucho tiempo, se sintió en control del momento.

Lydia rió, algo que había olvidado hacer.

“Y tus calzones estarán limpios de semen”-dijo.-

Hubo un muy prolongado silencio, que fue tristeza para Hugo y gozo vengativo, poderosamente contenido, para Lydia.

Ella no pudo detenerse más en la inmovilidad de la cama, agitada por esta nueva energía embriagadora.

Se levantó rápidamente, se puso su bata y dejó la habitación.

Se detuvo en la puerta diciendo: “Voy por Charity, estaremos aquí en un momento.”

Lydia entró en la habitación casi contigua de Charity, sin anunciarse.

La joven sostenía un paño de algodón entre las nalgas.

Cuando Lydia entró sorpresivamente, Charity, ambarazada por la vergüenza, retiró bruscamente el paño de su cuerpo.

El paño estaba rojo de sangre caliente y pegajosa.

Lydia comprendió el precio de la violación anal cotidiana.

Rompió el tenso silencio.

“Veo que además del dolor de tu espíritu, debes soportar el dolor entre tus nalgas. Pero esta noche te interrumpo para darte una noticia muy buena para tí, en esta primera hora de tu cumpleaños.”

Charity sostenía el paño ensangrentado y lo miraba inmóvil y horrorizada.

Lydia renunció a su plan de sacar a Charity de su habitación.

“Hugo y yo te regalamos 2.000 dólares en el día de tus 25 años, para que te vayas a Nueva York como una mujer liberada. Este es un gran sacrificio que Hugo y yo hacemos, cada uno a su manera, pero en nombre de Dios y por el bien de nuestras almas, la nuestra y la tuya.”

Charity recibió el dinero en un paquete atado con una cinta de encaje.

Hacía años que no sentía en su pecho el galope entrañable y bendito de su corazón embelesado en la felicidad.

Le faltó el aire.

Se sentía mareada con el renovado placer de vivir.

“Ama Lydia”-dijo Charity suave, pero firmemente-”esto puede pagarlo solamente Dios, con muchas gracias y dones.”

Lydia, aliviada emocionalmente por primera vez en su vida, frente a la bella muchacha negra, se retiró apresuradamente a su propia habitación.

Lydia se había odiado a sí misma muchas veces, cuando se sentía inferior a su esclava negra.

Se apresuró a irse, porque comprendía en un lugar muy profundo de sí, allí donde las palabras ya no existen, abrumadas por la intuición, que le debía mucho más a Charity. Le debía 25 años de vida y la salud de sus entrañas desgarradas. Eso vale más que 2.000 dólares.

Charity, ya a solas nuevamente, apoyó la boca abierta contra la almohada y gritó intensa y largamente con renovada alegría y una esperanza naciente.

El grito le hizo recordar el agudo y profundo dolor que sentía entre sus nalgas.

Es hermoso vivir en el contento por nada.

El contento por algo era ahora doble.

## **10- Hugo y Eliah**

La iglesia estaba vacía, pero una bella negrita casi obesa, todavía en los límites de la perfección, era demasiado agradable a la vista como para merecer el nombre de “gorda”, limpiaba el púlpito de madera labrada desde donde Eliah Sawyer daba sus Sermones Dominicales.

Hugo le gritó desde la entrada principal: “Busco al pastor Eliah.” La niña mujerona le respondió amable y diligentemente, como alguien que tiene una buena educación: “Buenas noches, ya voy por él.”

Mientras esperaba, parado junto al último largo banco para feligreses, Hugo creía comprender porqué Eliah podía trabajar tan constantemente por la fe cristiana.

Esa negrita cautivante quizá tuviera algo que ver con la constancia de Eliah como pastor de Edenton, North Carolina.-

Eliah llegó por detrás, por la misma entrada principal, sorprendiendo a Hugo, quien lo esperaba llegar desde la puerta ubicada detrás del podium y que conducía a la casa.

“Hugo Tredwell, ¿a qué debo este inmenso y sorpresivo placer?”

Hugo, ya sentado en el último banco de la nave de la iglesia vacía, se dio vuelta para enfrentar a Eliah, le estrechó la mano y éste se sentó también junto a su amigo.

“Quiero conversar de política.”-dijo Hugo sonriendo con malicia, sabiendo de la reticencia de su amigo religioso, para hablar de temas “mundanos”.

Lejos estaba de esperar una respuesta: “Tú sabes, Hugo, que no hablo de ese tema, aunque me preocupa nuestro vecino México. En España se aprobó una Constitución Liberal, a pesar de los Papistas y del mismo Rey Fernando Séptimo. Esto ha traído una reacción en Nueva España, mejor conocida recientemente como República de México, y los Papistas hablan de poner su propio Emperador en nuestro vecino país. Ese Emperador va a reinar en nombre de Fernando Séptimo, pero en realidad es una reacción contra la Nueva Constitución Española de 1820.

Huelo una Guerra con México, porque aquí estamos lejos de ser Papistas.

Además Quincy Adams se prepara para ser Presidente de los Estados Unidos en 1826. Es un antiesclavista declarado, y eso me huele a guerra entre los Estados del Norte (contra la esclavitud) y los Estados Esclavistas del Sur. Si nos sacan los esclavos, todos en el Sur nos vamos a la miseria.

**En 1820 tenemos las semillas de dos Grandes Guerras Posibles. Dios quiera que no ocurran.”**

“Mira, Eliah, no puedo mentirte, pero me importa un bledo del Papa, de España Papista y de México. También me importa un bledo ese politiquero de Quincy Adams. Vine esta tarde, porque quiero decirte que he liberado a Charity, lo cual me costó 4.000 dólares y no podré darte diezmo por varios meses. No le digas nada de esto a Lydia, porque me hará la vida difícil con sus regaños interminables, si sabe que no te doy el diezmo.”

“Hugo, el diezmo se lo das a Dios y no a mí .Pero por cierto, que si me pides discreción, tendrás mi discreción.”

“Si, te la pido, querido pastor. También quiero que hables con mis esclavos lo antes posible y les metas todo el temor de Dios que puedas encontrar en tí, porque yo no lo encuentro en mí. Estos hijos del demonio saben que liberé a Charity y se imaginan que todos saldrán libres mañana mismo. Se creen que están en el Estado de Maine. Están muy alegres, indisciplinados y haraganes, fingen estar enfermos, no vienen a trabajar y se la pasan fornicando.”

“Los esclavos deben amar el trabajo y el látigo”-dijo Eliah.-

“Así sea, pastor”-exclamó Hugo en muy alta voz.”Diles y repíteles lo bueno que es el trabajo para la salud y para el espíritu.

No les digas que su trabajo es bueno para mí también.”

Había un tono de cinismo humorista en ambos hombres.

Se querían mutuamente, atraídos por afinidad de personalidades, pero la aguda astucia de ambos guardaba un trasfondo de falta de respeto, que se traducía en una constante hostilidad recíproca.

Esa hostilidad sutil y solapada, se hizo casi burla consciente cuando Eliah bromeó:

“Entre nosotros, Hugo, cómo la pasas sin Charity. Debe ser más difícil por la noche, cuando estás obligado a acostarte con Lydia.”

Ambos rieron.

En realidad, Hugo rió hasta las lágrimas.

Pero sólo Hugo sabía que esas lágrimas no eran de risa, sino del más amargo de los llantos.

Cuando Eliah comprendió la tristeza de Hugo, se sintió muy incómodo, sin saber qué hacer.

Se disculpó y comenzó a retirarse.

Desde unos pocos metros de distancia, se detuvo y dijo:

“Hugo, sigo siempre a tu disposición.”

Hugo ya lloraba con franqueza, con sollozos contenidos y muy avergonzado, hizo un ademán de fastidio, para que Eliah terminara de irse.

Pasó casi una hora meditando en todo lo que estaba pasando.

La soledad y el silencio lo apaciguaron.

No era hombre de darse muchas oportunidades para la paz y el silencio.

Por eso era tan infeliz.

Lentamente se puso de pie y hechó a andar hacia la plantación.

El horizonte se había quedado sin sol, pero conservaba todavía un radiante esplendor rojizo.

Hugo caminó las seis millas hacia la mansión de la plantación.

Brillaban los últimos techos de Edenton, con la excesiva humedad de los pantanos cercanos y del Océano Atlántico.

Poco a poco el camino se fue haciendo sombrío y Hugo sintió, cruzando el bosque prematuramente oscuro, la angustia más profunda, la tristeza eterna de la humanidad, que ha perdido lo más valioso de la vida.

Quiso pensar en el nuevo precio del algodón, pero a esta hora del día ya no le quedaban energías para eso.

En el alivio de intentar el olvido, que llega en el silencio restaurador, cuando el cerebro, agotado, se calla, llegó a la plantación, mientras entraba en ella la obscuridad creciente de la noche.

Pero cuando uno ha hecho daño a alguien por largo tiempo, o lo ha recibido, el olvido no llega ni con el peor de los agotamientos. Los recuerdos lo van matando a uno poco a poco. Tampoco llega el sueño fácilmente.

Allí estaba Hugo, parado largamente frente a la puerta de la mansión, sin atreverse a entrar, solitario y pensando en Charity, en la profunda obscuridad espectral de una noche sin luna.

## **11- La rebelión.**

Charity cumplió 33 años, el día 21 de Agosto de 1831, pero nadie lo recordó, en realidad ni siquiera ella misma.

Fue un día como todos.

Charity vivía en una paz bendita, a solas en una pequeña casa de Philadelphia. Se había radicado inicialmente en Nueva York, alquilando un cuartito muy elegante, cosa que hizo con la ayuda de la misma Lydia, quien viajó con ella.

Pero después de dos meses allí, se trasladó secretamente a Philadelphia, para romper el trazo que la ataba con su pasado.

Vivía diariamente en gran paz, libre de toda necesidad inventada por el pensamiento.

Había negado todo lo conocido, aún el valor inmenso que la gente le daba al lenguaje.

Pasaba días enteros en el ocio silencioso y muchos domingos ni siquiera preparaba comidas. En esos días de reposo se alimentaba de frutas frescas. Trabajaba solamente en los veranos, enseñando inglés y aritmética a los niños blancos que podían pagar sus clases. Con pocas necesidades, tenía aún más libertad que la que la ley y Lydia le habían otorgado.

Había una plaza grande y espléndida en la que solía sentarse a tejer o simplemente a no hacer absolutamente nada, más que ver y escuchar sin interpretaciones.

Sin el acto de reconocer, encontraba el renovado final para el cansancio.

No había nada que pudiera preocuparla. Conocía la paz en la libertad y la cuidaba mucho, la mantenía y la buscaba.

Quedaba quieta sin ningún motivo.

Estaba contenta por nada, porque no buscaba ninguna causa para estarlo.

El 25 de Agosto fue diferente a los demás días.

Un niño gritaba vendiendo periódicos.

**“Atención, atención, rebelión de esclavos en Jerusalém. 56 blancos de Virginia mueren en manos de los esclavos rebeldes.”**

Charity tomaba todo con exquisita indiferencia.

Esta vez, sin embargo, sintió el latido de su corazón y compró el periódico.

Una vez sentada en su banco público favorito, leyó:

“Nathan Turner guía una rebelión de esclavos en Jerusalém, Virginia.

Unos 200 esclavos, liderados por Nathan Turner, de 42 años matan a 56 blancos el día 21 de Agosto de 1831.

Ya en 1831 no hubiéramos creído que fuéramos a ser testigos de algo peor a lo sucedido con el levantamiento de Gabriel, en Richmond, hace 13 años y en Charleston, hace ya 9 años.

Nathan Turner permanece prófugo, con unos pocos seguidores.

El resto de los rebeldes, unos 76, fue ultimado sin dilaciones por la Milicia del Estado.

Se suspende y se prohíbe indefinidamente toda educación, todo movimiento entre ciudades y la asamblea de esclavos en Virginia.

Nat Turner era ya conocido por su fanatismo religioso, alegando ser una especie de elegido de Dios, que iba a liberar a sus

“hermanos” de la esclavitud.

Sus muchos seguidores negros le apodaban “El Profeta”.  
Esto fastidió tanto a su amo, que fue recientemente vendido.  
Su nuevo amo Joseph Travis, junto con toda la familia de éste, estuvo entre las víctimas de esta rebelión sangrienta.  
Una eclipse de sol convenció a Turner que había llegado la hora de la venganza contra el amo.  
Se ocultó en Dismal Swamp, pero no se lo halló allí en la última búsqueda realizada por las autoridades de Virginia.  
Tres mil Milicianos del estado de Virginia ya fueron encargados de continuar la búsqueda de Turner. Se le pide a la población blanca que deje de tomar la justicia en sus manos, ultimando “niggers”, sin juicio legal, como ya ha ocurrido en Jerusalem.-  
El Coronel Arthur Davies ha prometido a todos los ciudadanos del condado de Southampton, Virginia, que todos los feroces insurrectos “nigger” serán liquidados sin ninguna piedad.”

Charity quedó mucho tiempo en silencio. Escuchaba todos los sonidos de la plaza al mismo tiempo.

Nathan, SU Nathan, se había rebelado el mismo día de su cumpleaños, el cumpleaños de Charity.

Nathan le había dicho, en aquel muy recordado y breve encuentro: “Aunque no te vea nunca más, Charity de mi vida, te haré libre o moriré luchando por eso.”

Ah !, si Nathan supiera que ya era libre...

Si él supiera donde estaba ella... ¡qué felices podrían ser !

Hablaba como si él estuviera allí mismo, frente a ella.

“Si estuvieras conmigo, Nat querido... cuántas cosas te diría por tu propio bien...

Te diría que la libertad no es solamente dejar de ser un esclavo.

No es solamente perderles el temor a los amos.

Es también ir de hecho en hecho, sin las palabras que tuercen los hechos para que sintamos siempre miedo, siempre rabia, y siempre tristeza.

Tuve que dejar las palabras, Nat de mis ensueños, para no condenarme con ellas, para que ellas no me hicieran una víctima. Pero sobre todo, para no enloquecer.

Tuve que aprender a ver y a oír, en una vida tan difícil como la que me tocó vivir, sin agregarle palabras a lo que veía y oía. Mirar y oír, al mismo tiempo, en silencio, me hizo encontrar la paz por primera vez.

Cuando quiero estar en paz, no tengo más que escuchar, en absoluto silencio, todo sonido al mismo tiempo.

Y esa es la única libertad que conocí, aún siendo esclava, Nat de mi vida.

Tuve que dejar todo lo que me habían hecho creer, todas las ideas, todas las filosofías, todas las palabras, para simplemente estar en paz y para no caer en la desesperación.

Tuve que dejar de recordar (ya que nunca pude olvidar) a todas las personas que desaparecieron de mi vida: primero mi propia madre, luego Dorothea, tú mismo, mi padre poco después...

Tuve que dejar de esperar la libertad para poder sentirme libre.

Si te viera mañana, algo que sólo podría ocurrir por un milagro de Dios, te diría que nos miráramos y que nos escucháramos, y que nos gozáramos en nuestros cuerpos, sin intentar corregir nada y sin corregirnos mutuamente.

¡Qué felices seríamos así!

Tú vas a entregar tu sagrada vida, Nat de mis recuerdos, por la idea de la libertad, por la palabra libertad... pero nunca fuiste realmente libre.

Cuando comencé a escuchar en silencio, profundamente; fui más libre que el poderoso y adinerado Hugo; y fui más feliz que mi ama Lydia.

¡Cuánto desorden trae la violencia! Quisiste liberar a los negros como tú y no hiciste más que fortificar las cadenas que los esclavizan y pintar los inmensos campos con su sangre.

Blancos y negros sólo seremos libres unos de otros; y también felices; cuando todos estemos internamente, individualmente, en paz.

Para estar verdaderamente relacionados, tendremos que dejar de adorar nuestros símbolos, nuestras ideas fijas, nuestras creencias y palabras sobrevaloradas.

Tendremos que dejar de adorar el honor personal, la santidad, el prestigio y el lucro.

Para ser totalmente sinceros y sin secretos, nuestra mente debe estar alerta, silenciosa y en paz.

Y no estaremos relacionados mientras tengamos secretos, unos con otros.

Y ahora Nat mío, que Lydia me ha dejado algún dinero, no sólo puedo vivir con poco trabajo, sino que también podríamos tener una relación de iguales, sin deberes, sin derechos y sin exigencias mutuas.

¡ Qué felices podríamos ser si hubiéramos usado nuestra inteligencia para encontrarnos y vivir bajo el mismo techo !

Estaríamos juntos sin intentar aumentar nuestra miseria, nuestra rabia y nuestra tristeza.

Estaríamos en paz, sin crear nuevas catástrofes ni guerras insensatas en la humanidad sufriente.

Nat, cuando duermo sigues vivo en mi conciencia del dormir y apareces en sueños que me son difíciles de recordar.

Aún tu bello rostro se desdibuja en mis sueños y a veces apareces con el feo rostro de Hugo.

Entonces recordó muy vagamente a su madre Penélope, vendida en secreto como castigo, en 1810, cuando Charity tenía sólo 12 años de edad.

Nunca volvió a ver a su madre. Su vida había sido decretada.

Pero aquella era la época resplandeciente de su ama Dorothea Collins, con quien hasta aquella tragedia de perder a su madre, desaparecida en la nada, se hizo tristeza digerible.

Si hubiera muerto, Charity hubiera buscado consuelo en su tumba, pero de una persona desaparecida queda el recuerdo viviente, abrumador, intenso, que no le da tregua a la tristeza del luto. El luto por una persona desaparecida es permanente y no perdona al enlutado.

Le era fácil recordar la última conversación que había tenido con su madre, Penélope, antes de dormir, en la última noche que pasó con ella.

Charity aplicaba su memoria a remotos eventos del pasado y ésta actuaba esfumando los rostros y transformando las palabras que se habían dicho.

Ella se daba cuenta de esto, pero no sabía cómo detener el proceso destructivo de la memoria.

Pero éste particular recuerdo se había mantenido intacto, quizá por haber caído en él con inusitada repetición.

Cuando se sentía muy sola éste era su recuerdo favorito, por el que sufría más que por ningún otro.-

Ambas estaban acostadas, al fin del día, en la delgada colchoneta de algodón, sobre el piso apisonado de tierra, en la cabaña de madera que servía de techo a seis personas.

“ ¡ Qué hermosa eres, Charity !”

“Tú también eres hermosa, mamá.”

“Pero estoy muy cansada, muy cansada...sabes, Charity, hay dos Señores.Uno cuida de tí en la tierra y otro en el cielo.”

“Mamita; el Señor Hugo es el Señor de la tierra; igual que James ?”

“No uses el nombre del Señor en vano. Debes decir solamente “mi Señor.” Pero quiero también decirte que el Señor de la tierra, a veces, te pide cosas que no son bien vistas por el Señor del cielo.En ese caso debes hacer lo que dice el Señor del cielo, pase lo que pase.”

“¿ Cuándo me vas a mostrar el Señor del cielo ?”

“No permitas que nadie te lo muestre. El que te lo quiera mostrar puede decirte que él mismo es el Señor del Cielo. Es algo muy

grande y muy hermoso. Debes conocerlo por tí misma. No le preguntes de El a nadie.”

“ Y... ¿ qué te pidió el Señor Hugo ?”

“ Otra vez has repetido su nombre... me pidió algo feo, algo que a Dios no le gusta.”

“ Y ...¿ Qué harás tú mamita ?”

“ ¡ Ay !... me temo que debo desobedecer al Señor de la tierra y morir azotada, o que me exilien de la plantación, sin saber a dónde me lleven...”

“ Mi corazón se hará pedazos de tristeza y de rabia.”

Charity había aprendido, con Dorothea, a alejar a una persona de la tristeza. Dorothea hubiera querido, junto con Dios mismo, que no existiera el dolor sobre la tierra.

“ ¿ Te gustó, mamita, la cena de hoy, con achuras, hígado, corazón y riñones de vaca ?”

“ Charity, Charity, ¡ no debes comer achuras, que son el intestino de la vaca y otras vísceras del animal !

Además te vi sentarte con la columna vertebral muy doblada.

Al acostarte la columna vertebral debe estar bien recta, y cuando camines o te sientes la columna vertebral debe estar bien erguida, en posición vertical, como una vela, cuyo fuego es tu cabeza.”

“ Tú eres muy sabia, mamá, ¿ cómo has llegado a saber tanto ?”

“ Tengo los ojos para ver y los oídos para oír. Cuando habla el maestro Samuel, que sabe mucho, yo me acerco fingiendo que barro, o que estoy atareada, apurándome, como quieren los amos. Pero yo en realidad estoy concentrada en lo que el maestro dice. Ese hombre sabe mucho, llegará muy lejos.”

“ ¿ Qué quieres decir con eso de que llegará muy lejos ?”

Penélope fue tomada de sorpresa y tuvo que hacer una larga pausa para reponerse de la pregunta y ser sincera.

“ Hijita, no me hagas preguntas difíciles... muchas veces repetimos cosas que oímos sin siquiera saber lo que decimos...”

“ Pues ahora ha llegado el momento de dormir...”

Su madre cerró los ojos y se durmió muy pronto, en la misma posición, de espaldas al suelo como una muerta relajada y lista para el ataúd.

Ese luto permanente por su madre se agravó bajo los esposos Tredwell, cuando tanto su padre Earnest, como Nathan, habían desaparecido, también para siempre, de su vida.

Era muy extraño que su libertad hubiera venido de Lydia.

Apenas recordaba los rostros de Lilly y de Sussanna, las hijas de Dorothea, con quienes había gozado de dar ternura y cuidado, por un muy corto tiempo de su vida.

Pero ahora, viendo el amor permanente de Nathan por ella, volvía a sentir el amor por todos los que había conocido de cerca, para mal o para bien.

La abuela Catherine quizá estaba ya muerta y ni siquiera recordaba cuándo la había visto por última vez.

Sólo sabía que había regresado en sus sueños del dormir, con todos los que había querido.

Pero esos sueños eran aún más vagos que los vagos recuerdos.

Charity recordaba afectuosamente al maestro Samuel Hoskins, con quien había aprendido a leer, las operaciones aritméticas y las fantasías metafísicas de la reencarnación y la resurrección.

Charity sabía que esas fantasías eran un raro y extraño consuelo para una esclava como ella.

Pero se aterraba al imaginar que reencarnaba nuevamente como esclava, en la pobreza de la condición humana, en el Valle de las Lagrimas, que es el mundo.

Se sorprendió sonriendo, al recordar nuevamente a la amada Dorothea.

Sin embargo, cuando recordaba a Norah, la esclava supervisora, o bien al pastor Elisha Sawyer, el rostro se le ponía sombrío y amargo.

No podía armarse de coraje para recordar bien a Hugo, porque él representaba su deshumanización y la pérdida misma de la dignidad humana.

Hugo fue el único hombre que la había penetrado sexualmente. Cada día agradecía a Dios no haberse embarazado nunca de Hugo. Para olvidar se paró lentamente y sacudió la cabeza. Miró los árboles de la plaza por un largo rato en absoluto silencio. El dolor no es nada respetable. El dolor de los recuerdos nos entretiene en las penumbras y la inquietud del mal.-  
Volvieron las lágrimas a sus ojos, cuando susurró para sí misma: “Mi bello Nathan... me basta con esperarte hasta la muerte.”

---

## **12-Epílogo:**

A partir de 1831, las leyes contra los esclavos se volvieron más duras.

La rebelión de Nat Turner trajo mayor conciencia, en la población cristiana de Estados Unidos, del predicamento terrible en que vivían los esclavos.

Pero transcurrieron todavía 34 años más de esclavitud en Estados Unidos.

En Enero Primero de 1865, Abraham Lincoln firma la Proclama de Emancipación de los Esclavos, que dio la base para el decimotercer arreglo (Amendment) de la Constitución de los Estados Unidos, el cual reconoce la libertad definitiva de los esclavos.

Esa firma le costó la vida a Abraham Lincoln, quien fue asesinado el 15 de Abril de 1865, como resultado de una gran conspiración de personas esclavistas y de miembros de su propio gobierno.

A pesar de las leyes en su contra, el esclavismo continúa hasta hoy en todo el planeta.

## **LA ESCLAVITUD EN LA ECONOMIA GLOBAL DEL SIGLO 21**

Existen hoy (a principios del siglo 21) unos 30 millones de esclavos en el planeta.

Es casi la población de Argentina.-Pero el número crece aceleradamente.

El comprador adquiere hoy en día al esclavo, pero no es el dueño legal.-

No tiene papeles de propiedad, como en los Estados Unidos de los siglos 18 y 19.-

Pero tiene control. Y se usa mucha violencia legal e ilegal para mantener ese control.

Los esclavos de hoy se conocen como "empleadas", "nodrizas", "lechugeros", barraqueros", "Ayuda doméstica", "Prostitutas", "Masajistas", "Escorts", etc. que funcionan bajo el dominio de una persona o un grupo (bancario, corporativo, estatal, etc).

Pero los esclavos de hoy tienen otros nombres (cuando los tienen). Son "trabajadores" en agricultura, minería, gemas, fabricación de ropa, "secretarias", etc.-

Son personas sin libertad, controladas por la violencia legal o ilegal, con el objeto de hacer dinero para otros.-

Los niños del "Child Labor", los esclavos del salario, "Wage slaves", los "sharecroppers", envidiarían hoy el nivel de vida de los esclavos de Estados Unidos de antes de 1865.-

La esclavitud no sólo significa el robo del trabajo de otro. Es también el robo DE LA VIDA de otro.

De la vieja esclavitud de Estados Unidos quedó una emancipación incompleta con serios problemas como el racismo, las diarias guerras racistas en las calles de las grandes ciudades, el terrorismo racista, como por ejemplo el del 11 de Septiembre del 2001 en Nueva York, la segregación oculta, el desamparo y la extrema pobreza, que continúa en el siglo 21 , a 140 años del llamado "fin de la esclavitud".

En Japón las prostitutas esclavas son Thaiandesas, Colombianas, Europeas, Filipinas, Taiwanesas, etc.-

Pero sobre todo, son todas de familias pobres, sin "contactos" y sin poder alguno.-

La esclavitud nunca desapareció.

En la historia escrita, Persia, Egipto, China, Grecia y Roma fueron imperios esclavistas. Esa esclavitud se vió en Estados Unidos hasta 1865 y continúa hasta hoy con muchos disfraces en todo el planeta. La Kleptocracia (gobierno de los ladrones que hipotecan sus países para comprar armas y mantener el poder) favorece la esclavitud y ésta sigue viva en Asia, Latinoamérica y Africa. La superpoblación y el aumento de la desocupación y la pobreza, hacen que el esclavo o la esclava sean cada día más "baratos".

Continúa aquí una comparación entre la vieja y la nueva esclavitud

### **Vieja esclavitud:**

- 1) Hay un dueño.
- 2) Alto costo del esclavo. El esclavo costaba 1500 dólares en 1860 en Estados Unidos (unos doscientos cincuenta mil dólares de hoy).
- 3) Bajo provecho (5% por año).
- 4) Había escasez de esclavos.
- 5) Era una relación para toda la vida, y se aseguraban el alimento, la casa, la ropa y el médico. Tampoco había educación, como hoy.
- 6) Los esclavos eran solamente negros de Africa.
- 7) La deuda estaba prohibida para el esclavo.
- 8) El esclavo sufría poco en términos de salud psicológica y física.
- 9) El dueño era una persona conocida (históricamente un tardío y respetable señor feudal).
- 10) El esclavo moría de muerte natural.

### **Nueva esclavitud:**

- 1) No hay "dueño" de los esclavos. Hay solamente falsos contratos de trabajo.
- 2) Bajo costo del esclavo (Mil dólares en Thailandia).
- 3) Alto provecho (800% al año).
- 4) Sobran esclavas y esclavos por la superpoblación y la pobreza extrema crecientes.
- 5) Relación temporal con el "amo" hasta que enferma el esclavo. El esclavo paga su alimento, ropa, transporte, casa y médico. La educación no existe, es de poca calidad, o queda trunca.
- 6) Los esclavos actuales son de cualquier raza, nación o grupo étnico.
- 7) La esclavitud se controla a través del endeudamiento creciente con "intereses". El trabajo paga "los intereses" y no la deuda central original. Esto ocurre a nivel individual e internacional.
- 8) El esclavo o la esclava están escondidos o atrapados por la fuerza legal o ilegal. El sector cuatro (Gobierno) actúa protegiendo al sector tres esclavista (Corporaciones Transnacionales de dueños anónimos). Los Gobiernos Nacionales son instituidos por estas Corporaciones.
- 9) Los esclavos sufren mucho en su salud física y psicológica. Esto no era necesariamente así antes de 1865.
- 10) El contratista (no dueño legal del esclavo) puede ser persona individual neo-feudal, banco o corporación, generalmente desconocida, es decir, anónima.
- 11) El esclavo es eliminado cuando ya no sirve. El cuerpo desaparece aunque no necesariamente.

Del libro "**Disposable People**" (**New slavery in the global economy**), escrito por **Kevin Bales** y editado por University of California Press. Impresión del año 2000.

[www.antislavery.org](http://www.antislavery.org)

**“Gente desechable. La nueva esclavitud en la economía global”- Kevin Bales-**

**Otras obras del Autor:**

Psicología Holokinética

La Psicología del Siglo 21

Psicología Cristiana

La Percepción Unitaria

Lo Profundo de la Mente

Mis Encuentros con David Bohm (Orión México)

Mis Diálogos con Krishnamurti (Orión México)

De la Prehistoria a la Atemporalidad

La Completa Encarnación

**Visite:**

**[holokinesislibros.com](http://holokinesislibros.com)**

